





**GLOBALIZACIÓN Y SINDICALISMO (VOL. 2)**  
**POR UN NUEVO INTERNACIONALISMO**

DIRECTOR DE LA COLECCIÓN

Carlos Alberto Capa

COORDINADOR DE LA COLECCIÓN

Francesc J. Hernàndez

CONSEJO DE DIRECCIÓN

*Presidente:* Gregorio Marchán

*Vocales:* Salvador Piera, Abraham Canales,  
Carlos Alberto Capa y Antonio J. Martínez

COMITÉ ASESOR CIENTÍFICO

Lorenzo Cachón, Ernest Garcia, Carlos Prieto,  
Jorge Riechmann, Amat Sánchez y Dámaso Javier Vicente

JOAQUÍN ARRIOLA (ED.)

# GLOBALIZACIÓN Y SINDICALISMO

VOL. 2

POR UN NUEVO INTERNACIONALISMO

*Germanita*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar, sin el permiso previo y por escrito de los propietarios del copyright.

© los autores, 2001

© de la presente edición: Germania Serveis Gràfics, s. l.,

Dr. José González, 99 - 46600 Alzira (Valencia)

E-mail: [germania@germania.es](mailto:germania@germania.es)

Printed in EU - Impreso en la UE

ISBN 84-89847-54-1 (O.C.)

ISBN 84-89847-56-8 (Vol. 2)

Depósito legal: V-2831-2001

## ÍNDICE

Por un nuevo internacionalismo.....	9
MICHAEL LÖWY	
17 tesis acerca de: el viejo internacionalismo, la nueva solidaridad global, una futura sociedad civil global.....	25
PETER WATERMAN	
Sindicalismo y Nuevo Orden Mundial.....	41
DAN GALLIN	
¿Una agenda emergente para sindicatos obreros?.....	85
RICHARD HYMAN	



## HACIA UN NUEVO INTERNACIONALISMO

MICHAEL LÖWY

Para Marx y Engels, el internacionalismo era a la vez una pieza central en la estrategia de organización y lucha del proletariado contra el capital global y la expresión de una visión humanista revolucionaria. En reacción contra los perjuicios de la globalización, se puede observar aquí y allá las semillas de un nuevo internacionalismo. Éstas son la base de lo que algún día se convertirá en el Internacionalismo de la resistencia en contra de la ofensiva capitalista neoliberal.

De todas las frases del *Manifiesto Comunista*, la última es sin duda la más importante, la que ha golpeado la imaginación y los corazones de todas las generaciones de militantes obreros y socialistas: «*Proletarier aller Länder, vereinigt euch!*» [Proletarios de todos los países, ¡uníos!]. No es debido al azar que esta proclama se haya convertido en bandera y contraseña para las corrientes más radicales del movimiento en los últimos 150 años. Se trata, sin duda, de un grito, una invocación, un imperativo categórico a la vez ético y estratégico, que ha servido de brújula, en medio de guerras, de confusos enfrentamientos y de confusiones ideológicas.

Esta proclama fue visionaria. En 1848, el proletariado era una minoría dentro de la sociedad en la mayoría de los países europeos, sin hablar del resto del mundo. Hoy en día, la masa de trabajadores asalariados explorados por el Capital –obreros, empleados, trabajadores de servicios, precarios, trabajadores agrícolas– son la mayoría de la población del globo. Ésta es, sin duda, la principal fuerza en la lucha de clases contra el sistema capitalista mundial, y el

eje, alrededor del cual, pueden y deben articularse las diversas luchas y los diversos actores sociales.

En efecto, la apuesta no sólo concierne al proletariado: es el conjunto de las víctimas del capitalismo, el conjunto de todas las categorías y grupos sociales oprimidos –mujeres (un poco excluidas en el *Manifiesto*), naciones y etnias oprimidas, parados y los excluidos («lumpenproletariado»)– de todos los países los que están interesados por el cambio social. Sin hablar de la cuestión ecológica, que no afecta a este o aquel grupo en concreto, sino a toda la especie humana en su conjunto.

Para Marx y Engels, el internacionalismo era a la vez una pieza central en la estrategia organizativa de la lucha proletaria contra el capital global, y la expresión de una visión humanista-revolucionaria, por la cual, la emancipación de la humanidad es un valor ético supremo y el objetivo final del combate. Ellos eran comunistas «cosmopolitas», en la medida en que el mundo entero, sin fronteras ni límites nacionales, era el horizonte de su pensamiento y acción, así como el contenido de su utopía revolucionaria.

El comunismo es un movimiento internacionalista dado el carácter universalista y humanista de sus objetivos. Sin esta dimensión ética no es posible comprender la total implicación y el sacrificio de generaciones de militantes del movimiento obrero en todo el mundo por la causa de socialismo internacional. No obstante, si el internacionalismo no es más que un principio moral, un imperativo categórico, sería muy fácil desestimarlo como una bella utopía. Si no es este el caso, es que toma su fuerza de las condiciones objetivas, concretas y materiales, ya analizadas por Marx y Engels en el *Manifiesto*: la unificación del mundo por el sistema capitalista.

Como toda totalidad dialéctica, el capitalismo mundial no es la suma de sus partes, las economías nacionales, así como la lucha de clases internacional no es la suma de las

luchas nacionales. Lo uno y lo otro configuran un todo orgánico, con sus propias formas de evolución, y las particularidades diferenciadas de los elementos que las componen. George Lukacs tenía razón al insistir, en la obra *Historia y conciencia de clase* (1923), sobre la importancia de la categoría de la totalidad como fundamento metodológico desde el punto de vista revolucionario. Desde el punto de vista dialéctico de la totalidad, una situación local o nacional no puede ser comprendida teóricamente y transformada prácticamente, si ignoramos cómo se articula con el conjunto, es decir, con la evolución económica mundial, social y política.

Habría que añadir que la unificación planetaria en el modo de producción capitalista ha alcanzado un nivel incomparablemente más elevado que en 1848. Sea por la lógica interna del mercado mundial, o por instituciones como el FMI, el Banco Mundial o la Organización Mundial de Comercio, el gran capital financiero internacional impone sus leyes, sus reglas y sus dictados al mundo entero. Esta unificación económica encuentra igualmente su expresión política y militar en el atlantismo occidental, el intervencionismo norteamericano, etc. El internacionalismo socialista consiste también en la toma de conciencia de esta realidad objetiva.

¿Cuál es entonces el factor decisivo en la lucha de clases? ¿Las condiciones nacionales o las internacionales? ¿Debemos priorizar la importancia de los procesos mundiales o bien, como escribió Mao, los factores internos y las realidades nacionales (endogámicas)? Planteada así, la cuestión no nos lleva a ninguna parte. Ésta implica una separación abstracta, metafísica y estática, entre lo nacional y lo internacional, «lo interno» y «lo externo», lo de «dentro» y lo de «fuera». El punto de vista dialéctico descansa precisamente en la comprensión de la unidad contradictoria entre la economía nacional y el mercado internacional —unidad que ya aparece en el hecho de que la especificidad nacional

(económica y social) es el resultado innegable del desarrollo desigual del capitalismo internacional.

Como crítica, en el *Manifiesto*, es falsa la idea según la cual el capitalismo industrial moderno es esencialmente una fuerza homogeneizadora, que genera puntos de vista y de lucha idénticos para los explotados de todos los países. Esta tesis ignora no solamente la especificidad cultural de cada nación, sino también las increíbles desigualdades y las profundas diferencias en las condiciones de vida entre el centro y la periferia del sistema capitalista mundial. La solidaridad no puede ser el resultado de la similitud, pero sí de la complementariedad, de la interdependencia de intereses y de lucha.

Marx y Engels no se limitaron a predicar la unidad del proletariado sin fronteras. Intentaron, durante gran parte de sus vidas, dar forma correcta y organizada a la solidaridad internacional. Desde un primer momento, coincidiendo con los revolucionarios alemanes, franceses e ingleses dentro de la Liga de los Comunistas de 1847-48, y más tarde, contribuyendo en la construcción de la Asociación Internacional de los Trabajadores, fundada en 1864, y –en lo que concierne a Engels– su heredera, la Segunda Internacional.

Como es sabido, en agosto de 1914 se produjo el hundimiento catastrófico de la Internacional, cuando la gran mayoría del movimiento obrero socialista se sumergió en una inmensa ola de histeria nacionalista y chovinista, en nombre de la «defensa nacional». Esto, sin embargo, no señalaría el fin del internacionalismo en el siglo xx, pero sí el inicio de un nuevo impulso internacionalista en el seno del movimiento obrero: limitado en un principio a pequeños círculos de revolucionarios o pacifistas, derivó, después de octubre de 1917, en un impresionante movimiento de masas, la Internacional Comunista.

A pesar de sus defectos –una estructura demasiado centralista, un peso excesivo del partido bolchevique– el *Komintern* [Internacional Comunista] fue un movimiento mun-

dial que realmente puso en marcha el internacionalismo proletario –al menos en los primeros años. Su existencia constituye una prueba histórica demostrativa de que el ideal de solidaridad internacional de los explotados no es solamente una utopía, un principio abstracto, sino que en circunstancias dadas, puede ejercer una atracción en masa sobre los trabajadores y otras capas sociales oprimidas. En numerosos países europeos o colonias importantes, la III Internacional conquistó sectores decisivos y algunas veces a la mayoría del movimiento obrero organizado, desmintiendo el mito conservador según el cual las grandes masas del pueblo trabajador no pueden superar la ideología nacional.

En otros términos: el Internacionalismo socialista –como, con anterioridad, la esperanza revolucionaria– está fundamentada no solamente sobre un análisis objetivo de la economía y de la política mundiales, sino sobre un apuesta histórica sobre la racionalidad de la clase obrera, sobre la capacidad de las masas populares para comprender, pronto o tarde, sus intereses históricos objetivos.

Mientras tanto, este formidable movimiento de fe y de acción internacionalista –sin precedentes en la historia del socialismo–, el increíble capital de energía y compromiso internacionalista que representaba la Internacional Comunista, todo esto fue destruido por el estalinismo. Éste último canalizó toda la energía en provecho del nacionalismo burocrático, de su política de Estado, y su estrategia de poder. El internacionalismo fue sometido al servicio de la política exterior soviética, y el movimiento fue transformado en un instrumento para la construcción del «socialismo en un solo país». La política llevada a cabo por el *Komintern* respecto al nazismo alemán, desde el final de los años 20 hasta su disolución en 1943, es el ejemplo más chocante: sus extraños vaivenes tenían poco que ver con los intereses de los trabajadores y de los pueblos europeos; más bien estaban exclusivamente determinados por los cambios producidos

en la política soviética (estalinista) de alianzas diplomáticas y militares.

Sin embargo, la Europa de los años 30 asistió todavía a uno de los ejemplos más impresionantes de la práctica internacionalista: las Brigadas Internacionales en España y la movilización generalizada con la lucha antifascista durante la guerra civil española. Decenas de miles de voluntarios –comunistas, socialistas, anarquistas, trotskistas, marxistas independientes, antifascistas de diversas tendencias– venidos del mundo entero para ayudar al pueblo español en su desesperada lucha contra el fascismo. Gracias a la ayuda de Hitler y de Musolini –y las políticas denominadas de «no intervención» de las democracias occidentales– esta guerra se perdió, pero la lucha de los brigadistas internacionales –muchos de los cuales cayeron en el campo de batalla– quedará como una de las epopeyas más grandiosas del internacionalismo de este siglo.

Aquello que quedó del internacionalismo dentro del movimiento comunista mundial dominado por el estalinismo después de la disolución del *Komintern* fue esencialmente una fidelidad ciega a la Unión Soviética y a su papel dirigente. Sólo hubieron unas pocas excepciones de tendencias revolucionarias, entre las cuales la más importante fue la IV Internacional, aunque con una influencia muy limitada.

El gran mérito de la IV Internacional, fundada por León Trotsky en 1938, fue no solamente la salvaguarda de la herencia comunista-internacionalista contra la falsificación burocrática estalinista, sino también la renovación, bajo el impulso de figuras como Ernest Mandel, de la reflexión y las prácticas revolucionarias, en función de las nuevas condiciones históricas. El precio a pagar por una posición independiente en relación al campo de batalla de la guerra fría, fue un cierto aislamiento, y una serie de crisis, seguidas de escisiones y de la multiplicación de grupos –con frecuencia sectas– autodenominados trotskistas.

Después del fin de la década de los cincuenta, asistimos a un nuevo relanzamiento de las prácticas internacionalistas, minoritarias, aunque significativas: Los mecanismos de ayuda a la revolución argelina, la red de solidaridad con las luchas del Tercer Mundo animada por Henri Curial, los movimientos de apoyo a los revolucionarios vietnamitas, etc. El 68 vive una explosión de radicalidad internacionalista, que encuentra en alguna de sus expresiones palabras extremadamente insolentes: «A la mierda las fronteras», «Nosotros somos los judíos alemanes».

Contrariamente a lo que pretenden las ideologías neoliberales la globalización capitalista no contribuye en absoluto a crear un «nuevo orden mundial» pacífico y armonioso, sino todo lo contrario: alimenta el terror de la identidad y los nacionalismos tribales. La falsa universalidad del mercado desata las particularidades y endurece la xenofobia: el cosmopolitismo mercantil del capital y las pulsiones de identidad agresivas se alimentan mutuamente.

Gracias al concepto imperialismo, el marxismo puede escapar de las trampas del falso universalismo eurocentrista –u «occidental»– que pretende imponer a todos los pueblos del mundo y especialmente a los de la periferia, bajo el lema de la «civilización», la dominación del modo de vida moderno burgués-industrial: la propiedad privada, la economía de mercado, la expansión económica ilimitada, el productivismo, el utilitarismo, el individualismo posesivo y la racionalidad instrumental.

El marxismo pretende la construcción de un universo concreto (Hegel), capaz de integrar en si mismo, bajo la forma de la *Aufhebung* [superación e inclusión] dialéctica, toda la riqueza individual. En resumen, un universalismo que respeta la diversidad de las culturas sin convertirlas en algo absoluto, y que no sean la fachada de los particularismos occidentales.

No se trata pues, de negar el valor universal de algunas

de las conquistas de la cultura europeas desde 1789, como la democracia, la laicidad y los derechos humanos. Se trata simplemente de rechazar el falso dilema entre un pretendido universalismo «occidental» y el culto sin límites de las diferencias culturales –o, en el caso de la unificación europea, entre la unidad capitalista/mercantilista supranacional y la réplica nacionalista de las «patrias» existentes.

Para el marxismo, el valor fundamental de esta universalidad concreta es la liberación de los seres humanos de toda forma de opresión, dominación, alienación y envilecimiento. Se trata de un universo utópico, contrario a los pseudouniversalistas ideológicos que hacen apología del status quo occidental como un estadio ya universal, conquistado por el hombre, el fin de la historia. Sólo un universalismo crítico de esta índole, orientado hacia un futuro emancipado, permite traspasar los nacionalismos limitados, los culturalismos exiguos, los etnocentrismos.

Este auténtico universalismo, sólo puede conquistarse con la acción conjunta de las víctimas del orden mundial capitalista. De otro modo, ¿qué nos queda del gran sueño de solidaridad internacional de los pueblos oprimidos, ciento cincuenta años después del *Manifiesto* y ochenta de la fundación de la Internacional Comunista?

Después de caída del Muro de Berlín se ha decretado el fin del socialismo, el fin de la lucha de clases y también el fin de la historia. Los movimientos sociales de los últimos años en Francia, en Italia, en Corea del Sur, en Brasil o en los Estados Unidos –de hecho, por todo el mundo– han aportado un contundente desmentido a este género de elucubraciones pseudohegelianas.

La carencia mas dramática de las clases dominadas es la falta de una mínima coordinación internacional. Hoy en día, mas que en el pasado y mucho más que en 1848, los problemas mas urgentes son de carácter internacional. Los desafíos que representa la mundialización capitalista, el neoliberalis-

mo, el juego incontrolado de los mercados financieros, la gigantesca deuda y el empobrecimiento de un tercio del mundo, la degradación del medio ambiente, la amenaza de una grave crisis ecológica –por mencionar sólo unos ejemplos– exigen soluciones a escala mundial.

Ahora bien, hay que constatar que frente a la unificación regional –Europa– o mundial del gran capital, la que marca la pauta es la unión de sus adversarios. Si en el siglo XIX, los sectores más conscientes del movimiento obrero, organizados en las Internacionales, eran vanguardia sobre la burguesía, hoy en día se encuentran dramáticamente en retroceso respecto a ésta. Nunca la necesidad de la asociación, de la coordinación, de la acción común internacional –desde el punto de vista sindical, en torno a reivindicaciones comunes, y desde el punto de vista de la lucha por el socialismo– ha sido tan apremiante, y nunca por otra parte ha sido tan débil, frágil y precaria.

Esto no significa que el movimiento por el cambio social radical no deba comenzar por uno, o varios países, o que los movimientos de liberación nacional no sean legítimos. Pero las luchas contemporáneas son, a un nivel sin precedentes, interdependientes, e interrelacionadas de un extremo del planeta al otro. La única respuesta racional y eficaz contra el chantaje capitalista de la deslocalización y la «competitividad» –hay que reducir los salarios y los gastos sociales en París para poder competir con productos de Bangkok– es la solidaridad internacional y efectiva de los trabajadores. Hoy en día se nos revela, de una forma más clara que en tiempos pasados, hasta qué punto los intereses de los trabajadores del Norte y del Sur son convergentes: El aumento de los salarios de los obreros en el sur de Asia interesa directamente a los obreros europeos, las luchas de los campesinos y de los indígenas por la protección de la selva amazónica contra los ataques destructores del agronegocio implica a los defensores del medio ambiente en los EEUU, el rechazo del neoliberalismo

lismo es común en el movimiento sindical y popular en todos los países. Se podrían citar múltiples ejemplos.

¿De qué internacionalismo se trata? El falso «internacionalismo» sometido a los bloques o a los «Estados-guía» —la URSS, China, Albania, etc.— está muerto y enterrado. Éste ha sido un instrumento de las mezquinas burocracias nacionales, utilizado para legitimar políticas de Estado. Ha llegado el tiempo de un nuevo comienzo que preserve lo mejor de las tradiciones internacionalistas del pasado.

El enemigo es fácil de identificar: la mundialización capitalista, los mercados financieros, el gran capital transnacional y sus instituciones, el FMI, el Banco Mundial, la OMC, la OCDE, el G-7 —así como las políticas neoliberales y los tratados de librecambio como el AENA en América del Norte, el Tratado de Maastricht, el AMI. Estos son los responsables del horror económico, el crecimiento vertiginoso del paro y la exclusión, las desigualdades más y más flagrantes, la deuda de los países pobres, el desmantelamiento de los servicios públicos y de la seguridad social, el pillaje y la contaminación del medio ambiente.

En reacción a los perjuicios de la globalización, podemos construir un movimiento internacionalista independiente de todo estado. Éstas son las bases de lo que un día se convertirá en la «Internacional de la Resistencia» contra la ofensiva capitalista neoliberal. Sindicalistas combativos, socialistas de izquierda, comunistas no estalinistas, trotskistas no dogmáticos y anarquistas sin ningún sectarismo buscan los caminos para la renovación del internacionalismo proletario.

Las iniciativas en la coordinación internacional se han multiplicado durante los últimos años. Mencionemos, entre otras: el Instituto de Investigaciones Críticas de Amsterdam, red de intelectuales marxistas que se extiende en varios continentes; el Foro para una alternativa económica, impulsado por iniciativa de Samir Amin; la Conferencia de los Pueblos contra el Libre Mercado y la OMC de Ginebra; la Asocia-

ción Internacional ATTAC (asociación contra la especulación de los mercados financieros), creada por el periódico *Le Monde Diplomatique*.

Los intelectuales críticos tienen un papel que jugar en esta búsqueda. En su libro de 1993, *Espectros de Marx*, Jacques Derrida denunciaba el nuevo orden internacional —«nunca la violencia, la desigualdad, la exclusión, el hambre y por tanto la opresión económica han afectado a tantos seres humanos en la historia del planeta y de la humanidad»— y llamaba la atención sobre el proceso de gestación de una resistencia internacional: «el nuevo internacionalismo» no es solamente aquello que busca un nuevo derecho internacional contra aquellos crímenes. Éste es un vínculo de afinidades, de sufrimientos y de esperanza, un vínculo todavía discreto, casi secreto, como en 1848, pero cada vez más visible —disponemos cada vez de más señales—. Éste es un vínculo intempestivo y sin estatutos, sin título y sin nombre, apenas público o mejor dicho clandestino, sin contratos, sin coordinación, sin partidos, sin patrias, sin comunidad internacional, sin ciudadanía, sin pertenencia común a ninguna clase. Recientemente, Pierre Bourdieu, en una conferencia a los sindicalistas alemanes de la DGB, lanzó una llamada a un «nuevo internacionalismo a nivel sindical, intelectual y popular», inspirado por la «voluntad de romper con el fatalismo del pensamiento neoliberal».

Hay que añadir a estas tomas de posición individuales algunas actividades intelectuales colectivas, importantes en el transcurso de los últimos años. Las iniciativas como el Congreso Marx I (1995) y II (1998) organizados en París por la revista *Actuel Marx* o el encuentro internacional por el 150 aniversario del *Manifiesto Comunista* (mayo de 1998) que tuvo lugar en París por iniciativa de la Asociación «Espacios Marxistas», con la participación de universitarios y miembros de los movimientos sociales de sesenta países, son la expresión de un deseo de debate y confrontación de

ideas a escala planetaria, en un espíritu de pluralismo y mutuo respeto. Estos encuentros son lugares que pueden contribuir al resurgimiento de una resistencia cultural contra la dominación de los dogmas neoliberales y a la búsqueda de alternativas a las catástrofes generadas por la globalización capitalista. La red de espacios Marx Internacional, creada después del encuentro de mayo de 1998, puede ser un instrumento útil para esta tarea esencial.

Pero en última instancia es de la coordinación entre los actores políticos y sociales de los movimientos socialistas, democráticos y antiimperialistas, de lo que depende el futuro. ¿Qué queda de las corrientes organizadas del movimiento internacional hoy en día?

La más importante es sin duda la Internacional Socialista (IS): reconstruida en 1951 por una veintena de partidos, agrupa hoy en día a más de 140 de ellos, desde los socialistas chilenos al Partido de la Revolución Democrática de México, de Fatah a los socialistas democráticos mongoles, sin olvidar a los grandes partidos socialdemócratas europeos. ¿Constituye por tanto, como querría creer Pierre Mauroy, «el recurso natural contra la opresión política y el poder del dinero»? Me permito dudarle, si consideramos las propuestas de Tony Blair o Gerard Schröder, o si consideramos que el proyecto de futuro que será presentado en el congreso de 1999 de la IS, será dirigido por... Felipe González. Muchos de los componentes de la IS están comprometidos con el orden social de las cosas –aunque existan en su seno corrientes críticas que propugnan la lucha contra el consenso neoliberal.

El movimiento comunista internacional ha conocido una profunda crisis con el hundimiento poco glorioso de la Unión Soviética y de las otras «democracias populares». Muchos de los partidos comunistas, comprometidos por su ceguera pasada de los errores y los crímenes del estalinismo, han perdido su fuerza o han desaparecido. Pero el fin del lla-

mado «socialismo real» ha creado un nuevo marco y ha permitido así que el movimiento comunista operara una mutación y buscara nuevos caminos. Algunos de los partidos y/o corrientes comunistas aportarán sin duda una importante contribución a la renovación del internacionalismo, a condición de escapar a las contradicciones que les amenazan: una recuperación de su pasado estalinista o una socialdemocratización.

La Cuarta Internacional queda, hoy en día, como la única agrupación internacional orgánica de fuerzas revolucionarias que comparten una misma orientación programática general. Pero conscientes de su debilidad y de la necesidad de contribuir a crear un cuadro internacional más amplio, pluralista y democrático. Desde su último congreso, se propone desarrollar «el debate necesario con nuestros socios sobre la constitución de un reagrupamiento internacional, estudiar la creación de una nueva Internacional».

Una iniciativa interesante, aunque quede limitada a una sola región del mundo, es el Foro de Sao Paulo, lugar de debate y de acción común de las principales fuerzas de la izquierda latinoamericana, constituido en 1990, que se propone como objetivo el combate contra el neoliberalismo y la búsqueda de vías alternativas, en función del interés y las necesidades de las grandes masas populares. Gracias a su carácter democrático, «policéntrico» y pluralista, el Foro por primera vez ha conseguido juntar a la gran mayoría de las corrientes progresistas de América Latina, incluyendo fuerzas tan diversas como el PT brasileño, el PC cubano, el Frente Sandinista, el FMLN de El Salvador, el PRD mexicano y el Frente Amplio de Uruguay (entre muchos otros).

La renovación del internacionalismo no pasa solamente por las fuerzas sindicales y políticas del movimiento obrero y socialista. Las nuevas sensibilidades internacionalistas aparecen también en los movimientos sociales de vocación planetaria, como el feminismo y la ecología, en los movi-

mientos antiracistas, en la teología de la liberación, en las asociaciones de defensa de los derechos del hombre o de solidaridad con el Tercer Mundo. Si algunas ONG internacionales se adaptan al esquema neoliberal dominante y se limitan a aconsejar al FMI y la Banca Mundial, algunas otras, como el Comité para la Abolición de la deuda en el Tercer Mundo de Bruselas, tienen una vocación claramente antiimperialista. Los cristianos radicalizados son un componente esencial bien dentro de los movimientos sociales en el Tercer Mundo –como el Movimiento de los Sin Tierra en el Brasil– bien en las asociaciones europeas de solidaridad con las luchas de los países pobres. Inspirados por la ética humanística y ecuménica del cristianismo, aportan una contribución importante a la elaboración de una nueva cultura internacionalista.

Una muestra de los representantes más activos de estas diferentes tendencias, llegadas tanto del norte como del sur del planeta, de la izquierda radical o de los movimientos sociales, se han unido, en un espíritu unitario y fraternal, en el seno de la Conferencia Intergaláctica por la Humanidad y contra el neoliberalismo, convocada en las montañas de Chiapas, México, en julio de 1996, por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (un movimiento revolucionario que ha sabido combinar, de una forma original y exitosa el localismo, las luchas indígenas de Chiapas y lo nacional. El combate por la democracia en México y el internacionalismo, la lucha mundial contra el neoliberalismo. Se trata de un primer paso, todavía modesto, pero que va en la buena dirección: la reconstrucción de la solidaridad internacional.

Es evidente que en este combate global contra la globalización capitalista, las luchas en los países industriales avanzados, que dominan la economía mundial tienen un papel decisivo: un cambio profundo en la correlación de fuerzas internacionales sin que el mismo «centro» del sistema capitalista sea tocado. El renacimiento de un movimiento sindi-

cal combativo en Estados Unidos es un signo esperanzador, pero también lo es que en Europa los movimientos de resistencia al neoliberalismo sean cada vez más poderosos, aunque su coordinación a escala continental esté todavía poco desarrollada. Muy recientemente, con las huelgas contra el cierre de la fábrica Vilvorde, la marcha europea de parados a Amsterdam, la iniciativa de los sindicatos europeos en Luxemburgo y la confraternización entre los movimientos de parados en Francia y Alemania, vemos cómo se esbozan las primeras iniciativas en este sentido.

Es de la convergencia entre la renovación de la tradición socialista, anticapitalista y antiimperialista del internacionalismo proletario –inaugurado por Marx en el *Manifiesto Comunista*– y las aspiraciones universalistas, humanistas, libertarias, ecológicas, feministas y democráticas de los nuevos movimientos sociales de donde podrá surgir el internacionalismo del siglo XXI.



**17 TESIS ACERCA DE:  
EL VIEJO INTERNACIONALISMO,  
LA NUEVA SOLIDARIDAD GLOBAL,  
UNA FUTURA SOCIEDAD CIVIL GLOBAL**

PETER WATERMAN\*

1. INTERNACIONALISMO EN LA HISTORIA (EN DIEZ LÍNEAS)

Las aspiraciones de un mundo único de paz, prosperidad, igualdad y amistad pueden ser encontradas desde el nacimiento de las mayores religiones mundiales; reaparecen con el cosmopolitismo burgués y liberal de la Ilustración; y, más adelante, se expresan en el internacionalismo laboral y socialista contestando al capitalismo industrial; actualmente los encontramos en los internacionalismos de los nuevos movimientos sociales globales, así como en proyectos de un tipo de sociedad civil global –o para civilizar el capitalismo global y democratizar las organizaciones interestatales.

2. ¿QUÉ OCURRIÓ CON EL INTERNACIONALISMO PROLETARIO?

El viejo internacionalismo laboral y socialista tuvo gran atractivo para los obreros que habían perdido sus viejos mundos de trabajo y comunidad, y fueron excluidos de las constituciones autoritarias/burguesas/imperiales; perdió su atractivo con el desarrollo de los Estados y nacionalismos liberal-democráticos, socialistas o populistas –cada uno de los cuales llegó prometiendo o brindando protección frente a los efectos del mercado capitalista mundial.

---

\* Notas esquemáticas para una conferencia impartida en la Universidad de San Marcos, Lima, Perú, el 11 de enero de 2000.

### 3. ¿QUÉ OCURRIÓ CON EL INTERNACIONALISMO SOCIALISTA?

Los marxistas y otros socialistas han priorizado el conflicto capital/trabajo, el proletario como portador de la emancipación y del internacionalismo, y una república socialista universal, como alternativa única y sencilla al capitalismo internacional. La priorización de un solo sujeto, un conflicto, una alternativa universal, aparece más y más inadecuada en un mundo más y más complejo, en que el capitalismo penetra todas esferas sociales y depende, de manera creciente, de estas esferas (los medios, la cultura, la comunicación).

### 4. LA «GLOBALIZACIÓN» ES MÁS QUE LA ÚLTIMA IDEOLOGÍA DEL CAPITALISMO O SU ESTADO MÁS AVANZADO

Si la «Globalización» (con g mayúscula) fuera sólo una *ideología* capitalista, necesitaríamos solamente criticarla. Si fuera sólo la *etapa más avanzada del imperialismo*, necesitaríamos solamente oponerla con... la etapa más avanzada del nacionalismo (¿Pol Pot? ¿Jomeini?).

Una globalización manejada por el capitalismo no puede más que reproducir (pero también socavar) muchas características del imperialismo capitalista. Pero, la globalización, como ampliación espacial y compresión temporal de las relaciones sociales, existió antes del capitalismo y continuará después. Nuestro capitalismo neoliberal y en red es una forma exponencialmente aumentada –y peligrosa– de globalización. Necesitamos una alternativa, una globalización amigable para la gente, lo cultural, los obreros/las obreras, las mujeres, y la ecología.

A Economía	1. El agente de la explotación real es el trabajador humano (el capitalista es el vehículo) 2. El mecanismo de la explotación es el intercambio 3. Mérito causal de la explotación 4. Mérito causal de la explotación 5. Mérito causal de la explotación	4. Atribuciones: sociales, políticas, económicas y jurídicas Laboral, social, moral, jurídica	4. Caracterización global alternativa Producción, propiedad y consumo socializados
B Producción	1. Producción 2. Producción 3. Producción	Económica y de consumo	Sistema de cambio productivo
C Organización	1. Organización 2. Organización 3. Organización	Organización y desarrollo tecnológico	Cambio social y económico
D Política	1. Política 2. Política 3. Política	Regulación y explotación social	Cambio social y económico
E Cultura	1. Cultura 2. Cultura 3. Cultura	Regulación y control político social	Transición de la guerra a la paz social
F Ciencia/ Sociedad	1. Ciencia/ Sociedad 2. Ciencia/ Sociedad 3. Ciencia/ Sociedad	Cambio social y explotación social	Cambio social y explotación social



## 5. UNA GLOBALIZACIÓN COMPLEJA NECESITA INTERNACIONALISMOS COMPLEJOS

El capitalismo globalizado y en red (CGR) que está transformando el mundo es un conjunto interdependiente de prácticas (económicas, productivas, organizacionales, de fuerza, de cultura y de género/sexualidad). Está socavando y amenazando formas de vida y significación tradicionales, e incluso la base ecológica de las mismas. Al mismo tiempo ofrece seducciones y compensaciones significativas. Por todo esto provoca una amplia gama de respuestas, incluyendo aquellas democráticas y emancipatorias, dirigidas hacia las experiencias y problemas variados de la globalización capitalista.

## 6. TRES RESPUESTAS (TIPOS-IDEALES, ENTRETEJIDAS) A LA G MAYÚSCULA

Las respuestas radical-democráticas podrían ser entreteljadas con otras, en formas complicadas y contradictorias:

a) En la interrelación entre ellas, podemos ver estas respuestas en términos de *celebración* (espectadores, consumidores), de *rechazo* (religioso, étnico, nacionalista e incluso socialista), de *alternativas* (trabajando dentro de y más allá que el capitalismo).

b) En relación con la hegemonía capitalista/estatista, podemos ver la oposición/dialéctica entre el compromiso y la autonomía de los movimientos.

## 7. UN CAPITALISMO COMPLEJO REQUIERE (¡DISCÚLPEME!) UNA SOLIDARIDAD COMPLEJA

Dentro de un capitalismo complejo, las ideas sencillas de la solidaridad necesitan ser reemplazadas por un idea compleja (recogida en el mnemónico ISCRAR):

- Identidad
- Substitución
- Complementariedad
- Reciprocidad
- Afinidad
- Restitución

Este entendimiento complejo permite no solamente ver la variedad de formas pasadas y existentes, sino también revelar el carácter unilateral de cada una. Y además provee un instrumento potencial para medir y avanzar un proyecto hólístico de la solidaridad –sea internacional, regional, nacional, local.

#### 8. SUDÁFRICA: DESDE UN INTERNACIONALISMO DE SUSTITUCIÓN HACIA UN INTERNACIONALISMO DE ARCO IRIS

A pesar de la importancia de la «solidaridad internacional» con el Congreso Nacional Africano, el Congreso de Sindicatos Sudafricanos, las organizaciones cívicas o los medios alternativos durante el Apartheid en Sudáfrica, aquella era en gran parte (si no exclusivamente) una «solidaridad de sustitución» –en la que Estados extranjeros, organizaciones internacionales e incluso movimientos solidarios «sustituían» a los pobres, a los obreros, a los rebeldes o a los revolucionarios.

#### 9. «POBRECITO MÉXICO: TAN LEJOS DE DIOS, TAN CERCA A LOS EEUU?»

a) El México contemporáneo, tanto en América del Norte como en América Latina, es un laboratorio en el que los nuevos internacionalismos se están desarrollando. Esto

es aún más notable dado el chauvinismo tradicional de México –tanto de las élites, de la izquierda ¡y de los sectores populares!

b) Los Zapatistas de Chiapas, basados en los descontentos rurales e indígenas, están proveyendo un mayor y nuevo estímulo a la actividad solidaria frente a la globalización neo-liberal y para una verdadera sociedad civil. Están ofreciendo un impresionante nuevo lenguaje para la discusión de todo eso, e innovando formas de comunicación y diálogo social.

c) La RMALC (Red Mexicana Frente al Acuerdo de Libre Comercio),<sup>1</sup> en gran parte basada en los sectores urbanos y laborales, está no solamente en diálogo y colaboración con sus contrapartes norteamericanas. Esta también proveyendo un estímulo mayor a la alianza «trasfronteriza y transmovimiento» que produjo la «Memoria de la Cumbre de los Pueblos de América», en Santiago de Chile (1997). Se sobrepone a una red de las sociedades civiles mexicanas-europeas. Estas no proveen *un* modelo, y muchos menos *el* modelo, a ser copiado, sino mayores experiencias innovadoras para una interrelación y reflexión.

d) ¡Pobrecito Perú: tan cerca a Fujimori, tan lejos de los EEUU!

## 10. LIVERPOOL, INGLATERRA: ALGUNAS DERROTAS VALEN MÁS QUE VICTORIAS...

La huelga del puerto de Liverpool, Inglaterra (1995-98), a pesar de su fracaso final, revela que incluso el futuro del viejo internacionalismo laboral depende de un «internacionalismo comunicacional». Estos zapatistas industriales de

---

<sup>1</sup> ALCA, Acuerdo de Libre Comercio de América [Nota de la editorial].

Europa occidental, no solamente constituyeron una red portuaria mundial (¡ahora se está convirtiendo en una organización!?). Demostraron también los límites del viejo internacionalismo sindical institucionalizado. Produjeron –u obtuvieron la producción de– programas de televisión, un CD musical y vídeos alternativos. ¡Y, después de la derrota, han creado una cooperativa obrera para la instrucción en, y la producción de, artefactos electrónicos y culturales!

#### 11. RELACIONARNOS CON OTRAS PERSONAS NO ES LO QUE HACEMOS, SINO LO QUE SOMOS

Un dicho común africano dice que «soy quien soy gracias a los otros». Se necesita la ética individualista capitalista para convertir este dicho en «Soy quien soy no obstante otros». Si somos seres relacionales, la cuestión es qué clase de relaciones tenemos con otros. La globalización significa que estamos pasando de una época en que la realidad y las relaciones son nacionales (o locales) hacia una en que son cada vez más globales. Es que, simplemente, estamos relacionados con una comunidad global –hasta hoy, una comunidad en gran parte todavía no imaginada. La cuestión es si la reconocemos, como la imaginamos, y como nos conducimos hacia ella –en nuestras arenas globales, regionales, nacionales y locales. El descubrimiento de esta comunidad y su formación de una manera dialógica y humana es la gran aventura a que estamos todos invitados en el siglo que está comenzando. Es también divertidísimo (si no lo creen, pregúntenle a un internacionalista).

12. «EL FUTURO NO ES LO QUE ACOSTUMBRABA SER»  
(GRAFFITI, BUENOS AIRES)

*pero...*

*Un mapa del mundo que no incluye Utopía no vale ni una ojeada.*

Oscar Wilde

Una alternativa a nuestra distopía realmente existente tiene que ser una utopía global todavía no existente. Tenemos que poner un pie acá si no queremos reemplazar un neoliberalismo global con un neokeynesianismo global (la utopía capitalista de los pragmatistas tecnológicos y administrativos). Nuestra utopía tiene que diferenciarse de las viejas siendo: *a)* realista (inminente en las contradicciones de un Capitalismo Globalizado y en Red); *b)* no simplemente un «buen lugar» estático sino también un proceso de diálogo continuo entre personas y pueblos; *c)* no único sino uno que permita a otros existir. Cualquier persona que quiera ayudar a su construcción, puede asociarse a una de las redes o encuentros radical-democráticos y globalmente-sensibles, que existen en número creciente. Lo que nos conduce a...

13. LA SOCIEDAD CIVIL GLOBAL: ¿COMUNIDAD NO  
IMAGINADA?

*a)* Interrogado, cuando llegaba a Inglaterra, sobre su opinión de la civilización occidental, Gandhi dijo «¡Creo que sería una idea maravillosa!». Lo mismo puede ser dicho respecto a una Sociedad Civil Global –entendida como proyecto democrático.

*b)* El reto de imaginar y desarrollar una sociedad civil al nivel supranacional no es más (o menos) difícil de lo que fue la «ciudadanía» cuando se amplió de la ciudad a la nación,

o cuando se amplía de su dimensión política a la social o económica. Dada, realmente, la relativización del Estado-nación como sitio privilegiado de identidad ciudadana y actividad democrática, no hay alternativa para desarrollar sociedades civiles por encima (supranacional) o por debajo (subnacional) del Estado-nación. Siempre existieron comunidades de identidad e interés más allá de las fronteras. Es crucial desarrollar la Sociedad Civil Global como arena, al mismo tiempo autónoma de, y comprometida con, el capital globalizado y las organizaciones interestatales.

c) De la misma forma en que la ONU, la «comunidad internacional» y la «opinión pública internacional» han sido fuerzas para la extensión de la democracia liberal o social, a niveles regionales o de Estados-nacionales, lo podría ser la nueva sociedad-civil-global-en-construcción, para valores postcapitalistas y postsocialistas. La preservación y desarrollo futuro de la democracia y el pluralismo al nivel estatal-nacional depende cada vez más de la existencia de tales garantías a nivel global.

#### 14. DEMOCRACIA INTERNACIONAL COMO PROCESO: CIVILIZANDO LA SOCIEDAD GLOBAL

a) Dado que nuestra Sociedad Civil Global existente incluye movimientos autoritarios y fundamentalistas (religiosos, nacionalistas, étnicos, socialistas, y aun ecológicos y feministas), se requiere también civilizar las relaciones dentro y entre estos movimientos. Podríamos ver los nuevos movimientos y las redes radical-democráticas como la vanguardia de tal proceso, pero lo sería solamente en la medida en que a) superan el *vanguardismo*, 2) reconocen que las ideas y procesos emancipatorios ocurren en espacios múltiples, y 3) toman en cuenta las implicaciones de la figura 2.

b) Dentro de un Capitalismo Globalizado y en Red tene-

mos que pensar de una Sociedad Civil Global no tanto en términos de instituciones, sino más en términos de comunicación (tradicionalmente restringido para instituciones). Al nivel nacional, la «esfera pública» está hoy más en la televisión que en salones de café, en las esquinas de calles o en las asambleas políticas. Una esfera pública global esta ahí en proceso de construcción en el World Wide Web (Internet), y avanzará, de manera creciente, cuando todos los medios se fusionen en el ciberespacio. Esto requiere una lucha para democratizar este espacio más y más comercializado, y para desarrollar las habilidades y los estilos dialógicos necesarios.

#### 15. DE ESPACIOS PARA MUJERES EN LUGARES GLOBALIZADOS: EN Y DESDE AMÉRICA LATINA, EL CARIBE, Y LAS LATINAS DEL NORTE

Los noventa fueron una década de experiencia internacional intensiva para los movimientos femeninos y feministas latinoamericanos/caribeños/de latinas. Confrontados a las presiones contradictorias y transversales de la democratización liberal nacional, del neoliberalismo hemisférico, y a la globalización de políticas sobre mujeres, los feminismos proseguían con sus redes y encuentros, mientras se involucraban en la IV Conferencia Mundial sobre las Mujeres de la ONU en Beijing. En ausencia de una Organización Internacional de Género, de una Confederación Internacional de Mujeres, Beijing era el lugar y tiempo histórico, en que la contribución de las mujeres a civilizar la sociedad global pudo ser probada y disputada.

Dos lógicas internacionales han sido reconocidos dentro del internacionalismo feminista: una de lobby, de dirigirse a, y aun entrar en, instituciones internacionales/globales; otra dedicada a desarrollar una identidad, y modo de relacionarse, entre tipos diferentes de mujeres, feministas, feminis-

mos. Las dos lógicas están tal vez en interrelación positiva o tal vez negativa. Tensiones entre localismo e internacionalismo, radicalismo y reformismo marcaron también los históricos Encuentros Feministas Latinos/Caribeños, que a veces también están marcados por conflictos amargos.

Lo internacional es ahora, sin embargo, una serie de niveles y espacios en que el movimiento de mujeres de América Latina tiene una presencia permanente y desafiante. La intensidad del compromiso, y la seriedad de la reflexión acerca de todo eso, tiene lecciones para otros movimientos, teorías e ideologías radical-democráticas.

## 16. DE LA «BATALLA DE SEATTLE»

El intento de avanzar un orden neoliberal comercial y financiero –un proyecto antipopular y cada vez más impopular– en la conferencia de la Organización Mundial de Comercio en Seattle (diciembre 1999), tuvo éxito solamente en provocar inquietud, descontento y la oposición directa a los EEUU y sus multinacionales, desde Europa y Japón, desde el Sur, y un movimiento abiertamente anticapitalista/estatista. Habiendo aprendido las lecciones de su inactividad autodestructiva previa, los sindicatos americanos movilizaron a unos 40.000 miembros. Éstos (y otros sindicalistas) eran la mayoría abrumadora, pero de ninguna manera la dirección, o codirección, de la manifestación pacífica o violenta. Tampoco eran los más visibles.

El capital global, los Estados y los órganos interestatales están tomando en serio a los movimientos sociales internacionales, sus comunicaciones computerizadas y sus alianzas internacionales. Queda por ver si la alianza «sindicalista-verde» (obrero-ecologista) consolidará y articulará una alternativa común a la globalización neoliberal. Lo que nos lleva al problema siguiente...

## 17. DEMOCRATIZANDO LOS ASUNTOS LABORALES AL NIVEL INTERNACIONAL

La transformación de un Capitalismo Nacional-Industrial-Colonial en un Capitalismo Globalizado-en red-Informatizado ha creado una crisis para la Organización Internacional de Trabajo (OIT) y la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL). Ambos formados como resultado de mayores luchas laborales internacionales acerca a comienzo del siglo pasado (1900).

La OIT, como instancia laboral interestatal para la investigación, negociación, y creación de normas laborales, nunca tuvo los poderes otorgados de forma creciente a las organizaciones financieras internacionales. Y ahora está siendo dejada de lado por estas últimas. La CIOSL, que reclama 11 millones de miembros, está formada por sindicatos nacionales orientados a sus Estados-nacionales, y conceden a su organización internacional sólo un *uno* por ciento de sus ingresos anuales. La CIOSL depende para casi la mitad de sus gastos de los fondos estatales de «desarrollo». En comparación con Amnistía Internacional o Greenpeace, la CIOSL es virtualmente invisible al nivel internacional. Aunque ambas podrían ser necesarias, ninguna de las dos será la inspiradora, la líder o la movilizadora de un nuevo movimiento alrededor del trabajo en todas sus formas. Tampoco tienen capacidad de transformarse a ellas mismas.

La fuerza para la reinención necesaria se sitúa en el descontento creciente con, y la protesta contra, el neoliberalismo a nivel del lugar de trabajo, de la comunidad y la nación. Pero está también en las nuevas redes y alianzas, involucrando trabajadores sindicalizados y los no sindicalizados, vinculando obreros horizontalmente, de manera abierta a los otros movimientos comunales y ciudadanos. Está en las redes y alianzas (reales y virtuales) donde co-

mienzan a adquirir forma las estrategias, dirigidas al mismo tiempo a lo internacional y a la base.

Si la edad heroica/trágica del internacionalismo laboral y socialista quedó atrás de nosotros, una *contribución* laboral y socialista efectiva a las nuevas solidaridades globales y una Sociedad Civil Global queda para el futuro. Requerirá que el movimiento laboral y sus ideólogos y teóricos vayan a la escuela con los nuevos internacionalismos radical-democráticos. Pero también requerirá que los últimos aprendan de la historia y se involucren con los internacionalismos laborales y socialistas actuales. Es difícil imaginar como desarrollar un futuro postcapitalista sin referencia a las ideas socialistas y a los intereses laborales. ¡Pero es igualmente difícil imaginar como el movimiento laboral y socialista va a reestablecerse después de sus años en el desierto de un Capitalismo Nacional-Industrial-Colonial!

#### BIBLIOGRAFÍA SELECTA

- Álvarez, Sonia (1997), «Latin American Feminisms “Go Global”: Trends of the 1990s and Challenges for the New Millenium» [La «globalización» de los feminismos latinoamericanos: Tendencias de los 90 y retos para el nuevo milenio], en Sonia Álvarez; Evelina Dagnino y Arturo Escobar (eds), *Cultures of Politics/Politics of Cultures: Re-visioning Latin American Social Movements*, pp. 293-320.
- Álvarez, Sonia (1999), «Thoughts on Distinctive Logics of Transnational Feminist Activism». [Pensamientos acerca de lógicas distintivas del activismo transnacional feminista]. Unpublished, University of California Santa Cruz.
- Castells, Manuel (1996, 1997, 1998), *The Information Age: Economy, Society and Culture*, vols. 1-3. Oxford: Blackwells.
- Castells, Manuel (1997), *La era de la información: Economía, sociedad y cultura*. Madrid: Alianza.

- Cleaver, Harry (1999), «Computer-linked Social Movements and the Global Threat to Capitalism», [Movimientos sociales vinculados por computadoras y el reto global al capitalismo]: Cumbre de los Pueblos de América (1999), *Memoria de la Cumbre de los Pueblos de América (15-18 de abril de 1998)*. Santiago: RECHIP, 121 pp.
- Escobar, Arturo (1999), «Gender, Place and Networks: A Political Ecology of Cyberculture» [Género, espacio, redes: Una ecología política de la cibercultura], en Wendy Harcourt (ed.), *Women@Internet: Creating New Cultures in Cyberspace*. London: Zed Press, pp. 149-55.
- Hall, Stuart; Held, David y McGrew, Tony (eds.) (1992), *Modernity and its Futures* [Modernidad y sus futuros]. Cambridge: Polity Press. 391 pp.
- Harvey, David (199?), «The Spaces of Utopia» [Los espacios de utopía]. Baltimore. Unpublished. 38 pp.
- Keck, Margaret, y Kathryn Sikkink (1998), *Activists Beyond Borders: Advocacy Networks in International Politics* [Activistas más allá de las fronteras: Redes de apoyo en la política internacional]. Ithaca: Cornell University Press. 227 pp.
- Lee, Eric (1996), *Labour and the Internet: The New Internationalism* [Movimiento laboral e Internet: El nuevo internacionalismo]. Londres: Pluto. 212 pp.
- Moody, Kim (1997), *Workers in a Lean World: Unions in the International Economy* [Obreros en un mundo delgado: Sindicatos en la economía internacional]. Londres: Verso. 342 pp.
- Munck, Ronaldo, y Peter Waterman (eds.) (1999), *Labour Worldwide in the Era of Globalization: Alternatives for Trade Unionism in the New World Order* [Movimiento Laboral a través del mundo: Alternativas para los sindicatos en el nuevo orden mundial]. Londres: Macmillan.
- Petras, James, «Globalisation: A Socialist Perspective» [Globalización: Una perspectiva socialista], *Alternatives to*

- Globalisation: Proceedings, International Conference on Alternatives to Globalisation*. Manila: Ibon Foundation, pp. 148-56.
- Ribeiro, Gustavo Lins (1998), «Cybercultural Politics: Political Activism at a Distance in a Transnational World» [Política cibercultural: Activismo político a distancia en un mundo transnacional], en Álvarez, Sonia; Dagnino, Evelina, y Escobar, Arturo (eds.), *Cultures of Politics/Politics of Cultures: Revisioning Latin-American Social Movements*. Boulder: Westview, pp. 325-52.
- Sousa Santos, Boaventura de (1995), *Toward a New Common Sense: Law, Science and Politics in the Paradigmatic Transition* [Hacia un nuevo sentido común: Ley, ciencia y política en la transición paradigmática]. Nueva York: Routledge. 614 pp.
- Vargas, Virginia (1999), «Ciudadanía globales y sociedades civiles: Pistas para el análisis», *Nueva Sociedad*, n.º. 163, pp. 125-38.
- Vos, Henk (1976), *Solidariteit: Elementen, Complicaties, Perspectieven* (Solidaridad: Elementos, complicaciones, perspectivas). Baarn: Amboeboeken.
- Waterman, Peter (1998), *Globalisation, Social Movements and the New Internationalisms* [Globalización, movimientos sociales y los nuevos internacionalismos]. Londres: Cassell. 320 pp.
- (1999a), «Reflections on the Export and Import of Civil Society in Times of Globalisation» [Reflexiones acerca de la exportación e importación de la sociedad civil en tiempos de globalización]. Unpublished review article. La Haya. 11 pp.
- (1999b), «International Labour's Y2K Problem: A Debate, a Discussion and a Dialogue» [El Efecto 2000 y el movimiento laboral mundial: Un debate, una discusión y un diálogo], *Working Papers Series*, No. 306. Institute of Social Studies. La Haya. 64 pp.

## SINDICALISMO Y NUEVO ORDEN MUNDIAL

DAN GALLIN\*

Las expectativas de prosperidad, paz y libertad que siguieron al colapso del comunismo han dado paso a niveles de desempleo sin precedentes y, en muchos países, a una profunda pobreza en apariencia irremediable; una multitud de guerras increíblemente salvajes en Europa, África y Asia que han destruido las vidas de millones de personas; y la continua amenaza de un conflicto nuclear. El Nuevo Orden Mundial se ha convertido en una pesadilla para todos, salvo para una pequeña élite. A fines del siglo XX, somos testigos del catastrófico fracaso del capitalismo realmente existente como sistema mundial.

¿Qué hacer? Los partidos de izquierda han desmoralizado a sus miembros al no haberlos defendido contra las políticas de sus enemigos o, aún peor, haberlas adoptado como propias: se han quedado sin impulso, sin energía, sin ideas. A veces parece que se han quedado sin futuro. Pero no es la primera vez en la historia que un cambio desgarrador ha lanzado a la sociedad en una barahúnda aparentemente incontrolable. No es la primera vez que los valores de justicia y solidaridad, de igualdad de derechos para todos, de cooperación y responsabilidad mutua, son desdeñados por aquellos que ostentan el poder dictando comportamientos; no es la primera vez que los pueblos parecen impotentes. Comen-

---

\* Dan Gallin es ex secretario general de la Unión Internacional de Trabajadores de la Alimentación y Afines (UITA) y presidente de la Federación Internacional de Asociaciones para la Educación de los Trabajadores. Artículo publicado en *Iniciativa Socialista* n° 32.

ce mos por intentar comprender lo que nos está sucediendo, luego pensemos qué se debe hacer, qué se puede hacer y cómo llevarlo a cabo.

## LA ECONOMÍA GLOBAL

Un buen punto de partida es la economía. En un número reciente, la revista *Business Week* preguntó «¿Qué es lo que está mal?», haciéndose eco de la perplejidad general: debería ser «el mejor de los tiempos», a raíz del final de la Guerra Fría y la extensión de las economías de «libre mercado». En cambio, tenemos una profunda depresión de los países industrialmente avanzados y «allá donde se mire, el miedo está enfrentando a aquellos que se benefician de la economía global con aquellos que pierden sus empleos ante rivales de ultramar». Es verdad. Y la misma *Business Week* da la respuesta «Un nuevo y brutalmente competitivo orden económico mundial está surgiendo con la desaparición de la Guerra Fría [...] La fuerza fundamental detrás de este nuevo orden es la integración en la economía global de las nuevas naciones capitalistas y gran parte del mundo en vías de desarrollo», que representa unos 3.000 millones de personas.

Las compañías transnacionales (CTN) son la fuerza motora de esta integración. Existen ahora 37.000 CTN, con más de 170.000 subsidiarias fuera de sus países de origen; debido a arreglos no equitativos como las concesiones y las franquicias (típicas de la industria hotelera y de comidas rápidas, entre otras) su verdadera influencia se extiende más allá de lo que esas cifras indican. Según un reciente informe de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD), las ventas generadas por las CTN fuera de su país de origen totalizaron 5,5 billones de dólares en 1992, excediendo así el valor total de las exportaciones mundiales (4 billones de dólares). Las CTN controlan ahora

un tercio de los bienes productivos del sector privado en el mundo. El caudal de inversiones extranjeras en todo el mundo suma 2 billones de dólares. El mayor grupo de propietarios son las CTN con sede en EEUU, con 474.000 millones de dólares; las británicas están en segundo lugar con 259.000 millones de dólares, seguidas de cerca por las CTN japonesas con 251.000 millones de dólares.

El crecimiento de las inversiones exteriores continuará en un futuro próximo, predice el informe, agregando que la «producción internacional se ha convertido en una característica estructuralmente central de la economía mundial», en parte como resultado de la revolución en los sistemas de transporte y comunicaciones, que permite a las compañías integrarse mejor con sus subsidiarias en el extranjero. La privatización ayuda a esta tendencia y las CTN han aprovechado, en forma particularmente activa, las ventas de los bienes públicos en América Latina y en Europa Oriental y Central. Las estrategias de las CTN, dice el informe, promueven la integración económica a nivel mundial. Las compañías están localizando las funciones centrales en aquel país que sea más efectivo en cuanto a los costes. Tales actividades, señala el informe, provocan la integración entre economías nacionales aún en ausencia de acuerdos formales, como el mercado único europeo. Las economías asiáticas fueron integradas más estrechamente por las estrategias de producción de las compañías japonesas, mientras que las compañías estadounidenses establecían nexos con las mexicanas aún antes de las negociaciones del Tratado de Libre Comercio (TLC). «La división tradicional entre integración a nivel de compañía y de nación comienza a desaparecer», dice el informe. «Las CTN invaden áreas sobre las cuales la soberanía y las responsabilidades han sido reservadas tradicionalmente para los gobiernos nacionales».

En 1990, según el departamento de Comercio de los EEUU, las compañías estadounidenses emplearon a 2 millo-

nes de personas en Europa Occidental (4% más que el año previo), 1,5 millones en Asia (2% más) y 1,3 millones en América Latina (2% más). Las compañías japonesas están construyendo más plantas en ultramar, incluso cuando aumenta el desempleo en su propio país. Por ejemplo, la ampliación de la planta mexicana de Nissan que costó 800 millones de dólares tiene como fin producir no sólo para el mercado mexicano sino también exportar para Japón, Canadá y el resto de América Latina. Las transnacionales francesas emplean aproximadamente dos millones de trabajadores fuera de Francia.

#### EL MERCADO LABORAL MUNDIAL

Ahora todos vivimos en una economía global sin fronteras, hecha posible por las nuevas tecnologías en comunicación y transporte. Esta economía global ha creado un mercado de trabajo mundial donde los trabajadores europeos, norteamericanos, japoneses y australianos se encuentran en directa competencia con la fuerza de trabajo de países donde los costes de mano de obra son mantenidos 10 o 20 veces más bajos, al tiempo que aumenta el desempleo y caen los niveles salariales en los antiguos países industrializados. Un consultor económico británico, Douglas Wilbarns, predice que en el mercado de trabajo global la combinación de crecimiento demográfico con un aumento de la alfabetización ampliará en 25 años la fuerza de trabajo mundial desde los actuales 600 millones a cerca de 4.000 millones, declinando simultáneamente los costes reales de la hora de trabajo en Europa más de 1% por año durante ese período.

Ya en las décadas del 70 y del 80, una transferencia masiva de producción comenzó a llevarse a cabo para aprovechar los costes de trabajo más baratos en los países más pobres y en los países recientemente industrializados, parti-

cularmente los «tigres» asiáticos. Como consecuencia, sectores industriales completos desaparecieron virtualmente del norte de Europa y de Norteamérica: acero, astilleros, textiles, calzado, electrónica. La reubicación actual de la producción no sólo afecta a las industrias tradicionales en busca de mano de obra barata, sino también a la manufactura sofisticada y a las operaciones de servicio.

Líneas aéreas como Swissair y Lufthansa han mudado toda su contabilidad a la India, y KLM está considerando una medida similar. Un centro de programas de software en Bangalore atiende a unas 30 transnacionales incluidas Microsoft, Digital, Fujitsu, Bull, Olivetti, Oracle, IBM, Motorola, Texas Instruments, 3M, Hewlett-Packard y Siemens, a mitad del precio que el mismo trabajo costaría en los EEUU o en Europa Occidental.

Entre abril y septiembre de 1993, las exportaciones hindúes en servicios electrónicos aumentaron más de un 20%, y un 30% en el campo del software. La proyección indica que en los próximos tres o cuatro años esas exportaciones se triplicarán alcanzando cada una 1.500 millones de dólares, de los cuales la mitad será de software.

Infosys, una compañía hindú de software que trabaja para General Electric, entre otras, hace «una parte del mejor trabajo del mundo», según el presidente de la concesionaria estadounidense de Siemens. El director administrativo de Texas Instruments en India, citado por la revista *Fortune*, dice que «a medida que los diseños y el software se vuelven más complejos, la ventaja de costes de India se vuelve mayor. Sólo hemos arañado la superficie respecto a lo que podría suceder». Tata Consultancy Services (TCS) ha vendido a INR 1.800 millones de rupias [43,81 millones de euros] en servicios electrónicos en todo el mundo durante el último año comercial; abrió una subsidiaria en Alemania hace dos años, que atiende a uno de los principales bancos y a la subsidiaria alemana de Hewlett-Packard, entre otras, y ha esta-

blecido una joint-venture con IBM que ampliará aún más sus negocios.

Desde mediados de los años 80, TCS estado arrendando equipos de especialistas en computación por semanas o por meses a laboratorios de software o a empresas en computación de países industrializados. Este *body-shopping* del nuevo comercio internacional de esclavos, en cuyos abismos se encuentra el alquiler a países extranjeros, por los gobiernos de China o Birmania, de cuadrillas enteras para proyectos de construcción, o de tripulaciones completas para barcos mercantes, por salarios muy inferiores a los estándares mínimos internacionales y de los que, además, una parte no la reciben los trabajadores sino los gobiernos.

Siemens Information Systems Ltd. (SISL), que fue creada en julio de 1992 tras tres años de preparación, ahora emplea 250 especialistas en software en Delhi, Bombay y Bangalore. En 1993 y 1994, Siemens planea despedir definitivamente a 5.100 empleados –3.900 en Alemania– en los negocios en computación del mundo industrializado que le están dando pérdidas. Los salarios en la India para los mismos empleos están por debajo de los 7.000 dólares al año. No hay virtualmente costes sociales; las horas de trabajo son generalmente 48 por semana. En Jamaica, 3.500 personas trabajan en oficinas conectadas a los EEUU vía satélite, procesando reservas de aerolíneas, pasajes, llamadas a teléfonos libres de cargo, entradas de datos, solicitudes de tarjetas de crédito, etc.

Los países periféricos europeos de menor desarrollo también son blanco de la reubicación. En Irlanda hay un sector basado en la telecomunicación que atiende necesidades de programación de computadoras para empresas de seguros de EEUU, como Metropolitan Life, que emplea a 150 trabajadores en County Cork para examinar reclamaciones médicas de todo el mundo. Los costes operativos en Irlanda son 30-35% más baratos que en EEUU, los servicios irlandeses

para el desarrollo proporcionan generosos impuestos y otros incentivos, y «parece haber una fuerte disciplina laboral intensificada por una grave escasez de empleos en Irlanda».

Los antiguos países comunistas están jugando el mismo papel que los países del Tercer Mundo con capacidad de alta tecnología: *Business Week* cita el caso de los programadores polacos en Gdansk que trabajan para un fabricante de equipos estadounidense por «una fracción de la paga de un trabajador semejante en los EEUU», y Siemens informa que está recibiendo ofertas de especialistas rusos en computación a 5 dólares diarios.

Para entender estas cifras en su contexto debe recordarse que el salario mínimo oficial en Rusia, hoy en día, es de 7 dólares por mes, un 20% de los ingresos necesarios para «la supervivencia fisiológica» según un reciente informe de la Oficina Internacional del Trabajo (OIT). En Ucrania, el salario mínimo es aún más bajo que en Rusia; en Bulgaria representa un 60% del nivel de subsistencia; en Albania es un 24%, en Rumanía menos del 50%, en Estonia 61%, en Hungría 64%, y un 70% en Polonia.

El salario mínimo también ha caído dramáticamente en relación a los salarios promedio, que a su vez han estado bajando rápidamente. En 1993, los salarios en Rusia aumentaron un 12%, pero tras caídas del 45%, 38% y 60% en los tres años anteriores. Percy Barnevik, de ABB, citado en *Fortune*, prevé «un traslado masivo del mundo occidental. Nosotros (ABB) ya tenemos 25.000 empleados en antiguos países comunistas. Harán el trabajo que antes se hacía en Europa Occidental». Más empleos se trasladarán a Asia: ABB, que tenía solamente 100 trabajadores en Tailandia en 1980, tiene ahora 2.000 y planea tener 7.000 para comienzos del siglo XXI. Barnevik predice una drástica y permanente caída del empleo: «El empleo en Europa Occidental y en EEUU se reducirá de un modo continuo. Como la agricultura a comienzos de siglo».

Las transferencias de producción no son toda la historia. Menos conocida es la internacionalización de servicios considerados inherentemente internos: varios países de Europa hacen recoger su basura doméstica por una transnacional con sede en los EEUU, las calles de los suburbios de Londres las limpia una transnacional francesa y una transnacional danesa es una de las principales empresas de limpieza y mantenimiento de edificios de Europa y Norteamérica. En general, la subcontratación de servicios públicos en favor de transnacionales privadas ha provocado la pérdida de empleos. Lo importante, sin embargo, es que se está transfiriendo masivamente no solamente la producción industrial, sino también servicios, incluyendo los de alta tecnología, y que la pérdida de puestos de trabajo en los países industrializados no implica grandes aumentos del empleo en los países donde las compañías se relocalizan y extienden. La migración de puestos de trabajo no es ni mucho menos un honesto uno-a-uno, en el que se gane un empleo en el nuevo país por cada empleo perdido en el país industrializado,

Paul Samuelson, en una conferencia en Italia en 1992, observó: «Cuando miles de millones de personas que viven en Asia del Este y en América Latina se capacitan para empleos buenos y modernos, los quinientos millones de europeos y norteamericanos que descollaban sobre el resto del mundo, encontrarán que su ascendente progreso en niveles de vida enfrentará una dura resistencia». Pero la impresión que en esas palabras se da de un quid-pro-quo es errónea. La palabra clave es «capacitar»: muchos son los llamados, pero pocos los elegidos.

#### EL MUNDO ENTERO ESTÁ PERDIENDO EMPLEOS

La economía global es una gran niveladora, pero nivela hacia abajo. Aunque los puestos de trabajo se van perdiendo

en el mundo industrializado —unos dos millones de empleos en los 5 últimos años—, los niveles occidentales de empleo no son exportados a los nuevos países anfitriones. La revista *Fortune* escribe que «cuando el trabajo se desplaza hacia los países menos desarrollados, eso no significa automáticamente que los nuevos países anfitriones vayan a alcanzar los niveles occidentales de empleo y prosperidad». En otras palabras, no hay una contrapartida positiva en el Tercer Mundo o en los países excomunistas que compense, a nivel global, por las pérdidas de empleo en los países industrializados mediante la reubicación de la producción. La razón principal es que «la nueva tecnología y la continua búsqueda de una mayor productividad empujan a las compañías a construir en los países no desarrollados plantas y oficinas que requieren sólo una fracción de la mano de obra que era necesaria en las fábricas de sus países de origen». Un consultor citado por *Fortune* apunta: «Algunas de las plantas estadounidenses más parecidas al tipo japonés están siendo construidas en Brasil». Las nuevas fábricas en el extranjero, aún en países de salarios bajos, tienden a ser mucho más eficientes en el trabajo que sus contrapartes en el país de origen de la compañía.

En segundo lugar, las nuevas fábricas construidas en otros países por compañías americanas, japonesas o europeas, tienden a subcontratar (o «surtirse fuera») en mayor grado que lo hacían sus predecesores en sus propios países hace diez o quince años, y aunque los empleos subcontratados también son empleos, son empleos baratos sin protección, que contribuyen al deterioro mundial de las condiciones de trabajo y de los salarios. La compañía moderna ya no está estructurada como la clásica pirámide, con la dirección central en la cúspide, por debajo las gerencias, la administración y, en la base, los trabajadores de producción; hoy tratamos con una flexible conjunción de actividades organizadas en un patrón móvil alrededor de un pequeño núcleo. Ese

núcleo es en sí mismo una pirámide, a pesar de que a menudo se extreman precauciones para disimular las subyacentes relaciones de autoridad. Está constituido por la dirección y personal central, y quizás una mano de obra específica altamente especializada y tecnificada; todas las operaciones de trabajo intensivo son subcontratadas en el propio país o internacionalmente. Así, la corporación se mantiene en el centro de una red interdependiente de empresas de subcontratistas, quienes a su vez tienen sus propios subcontratistas, etc., empeorando las condiciones y los salarios a medida que nos movemos del centro de la red hacia su periferia.

Los organizadores de ventas y producción tienen a su disposición lugares de producción en diferentes localidades y países, y subcontratan gran parte, cuando no la totalidad, de sus necesidades. Deciden qué producir, dónde, cómo y quién lo hará, y desde dónde proveer a cada mercado. Venden una combinación de elementos, como lealtad a la marca, organización superior, planificación y marketing, control sobre la red de distribución, acceso a mercados protegidos, control de calidad.

De este modo, Benetton posee sólo una pequeña parte de sus locales de producción y ventas. El fabricante de zapatos Nike «no se considera un fabricante, sino una corporación de investigación, desarrollo y comercialización». De hecho, varias grandes compañías venden ahora solamente su nombre, y dejan la fabricación real a otros. Esas firmas incluyen a General Motors, General Electric, Kodak, Caterpillar, Bull, Olivetti y Siemens, en partes importantes de su producción. De paso, digamos que esto ilustra lo absurdo de las campañas que buscan salvar los empleos internos exhortando a los consumidores a «comprar (productos) estadounidenses» o «comprar (productos) europeos», ya que sólo una parte, a menudo pequeña, de esos productos se origina en la producción interna.

La subcontratación se aplica a casi cualquier tipo de tra-

bajo, no sólo a la fabricación. Ya hemos visto el caso de compañías que subcontratan su contabilidad y otras operaciones en países con salarios bajos. *Fortune* cita el caso de los «ingenios dactilográficos» en Filipinas, que copian textos y números en un ordenador por 50 centavos cada 10.000 caracteres... y aún están compitiendo con otros equipos en China, que realizan el trabajo por 20 centavos. Por lo tanto, queda claro que el nuevo orden económico transnacional no trae, a los llamados países en vías de desarrollo, aquellos beneficios más frecuentemente mencionados por sus apologetas, en especial Milton Friedman, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI), cuyos «ajustes estructurales» han sido los bloques con que se ha construido el Nuevo Orden Mundial.

«Ajuste estructural» es el nombre dado a un conjunto de las llamadas «políticas de libre mercado» impuestas a los países por el Banco Mundial y el FMI como condición para que reciban asistencia financiera. Incluyen típicamente: devaluación de la moneda, liberalización comercial, recortes en los gastos sociales, privatización de empresas públicas, mantenimiento de sueldos bajos, desregulación de los negocios, restricciones de créditos y mayores tasas de interés. Los programas de ajuste estructural se dirigen a la captación de inversiones extranjeras, eliminando toda regulación sobre comercio e inversiones, estimulando los ingresos por comercio exterior por medio de la promoción de las exportaciones y reduciendo los déficits públicos por medio del recorte de gastos. Supuestamente, estas medidas deben poner a los países en el camino de un crecimiento sostenido.

Si bien puede servir para atraer inversiones extranjeras, hemos visto que esa inversión no sirve al propósito declarado, que es el alza gradual y general de los niveles de vida mediante un desarrollo progresivo y sostenible de las economías no desarrolladas. La masiva inversión transnacional puede traer prosperidad y pleno empleo a pequeñas ciuda-

des-estado como Singapur o Hong Kong, pero aún en estos casos se plantean legítimas interrogantes sociales, culturales y ecológicas. Pero en los grandes países de Asia, África y América Latina ni siquiera pueden observarse esos efectos positivos, ya que son países predominantemente agrícolas en los que todo desarrollo progresivo y sostenible requiere, antes que cualquier otra cosa, una solución a la cuestión de la tierra y un serio ataque a la pobreza rural. Lo que las reubicaciones de producción y de servicios e inversiones de las corporaciones transnacionales hacen, es crear islas altamente tecnificadas en un mar de pobreza y zonas de libre comercio que son, de hecho, zonas con «derecho de pernada» para el capital transnacional en cuanto a condiciones sociales y derechos laborales.

#### LA CARRERA HACIA EL ABISMO

Existe una versión geográfica de la teoría de la filtración, de acuerdo con la cual «el modo en que los países pobres tienen una oportunidad para mejorar por su propio esfuerzo es, precisamente, explotando las ventajas competitivas de que disponen, como el trabajo barato, y que sus competidores ricos consideran desleales». No funciona de esa manera en el mundo real: en primer lugar, porque, como vimos anteriormente, lo que se transfiere de los países ricos a los pobres es la producción, no empleos o rentas. En segundo lugar, porque si bien el efecto de filtración puede tener una oportunidad en las sociedades donde mecanismos democráticos como los sindicatos fuertes y activos aseguran la redistribución de la riqueza, en los países con bajos salarios las élites de poder se aseguran de que los costes de mano de obra se mantengan bajos y poder así seguir repartiéndose el botín con los inversores extranjeros. Las personas de estos países no llegan nunca a poder mejorar en algo:

sólo la elite de poder se vuelve más rica y más poderosa. Aquí es donde hay que recordar el papel económico de la represión. Los estados criminales como Haití y Birmania pueden resultar ejemplos extremos, pero el principio funciona igualmente bien en el caso de «democracias» como México, Egipto, Malasia y Tailandia, donde se permite la existencia de sindicatos más o menos libres en tanto permanezcan débiles, y donde los ropajes externos de la democracia sirven para ocultar el puño de hierro.

En esta carrera descendente hacia el mínimo común denominador internacional, en la que cada país y cada trabajador debe ofrecer condiciones más ventajosas que cualquier otro, el pretexto habitual es que determinado sector económico sólo puede sobrevivir si sigue siendo «competitivo». Pero la «competitividad» sin límites es una carrera en la que no se gana: no hay una «llegada» en la carrera hacia el abismo. Como Jesse Jackson dijo, no se puede competir con el trabajo de esclavos. La «competitividad» de ninguna manera soluciona el problema del empleo, ni cualitativa ni cuantitativamente, ni tiene esa intención. Por el contrario, a nivel global la desvalorización basada en la «competitividad» lleva al estancamiento. Como Jeremy Brecher escribió en «¿Pueblo Global o Pillaje Global?» (*The Nation*, 12/6/93): «A medida que cada fuerza laboral, comunidad o país busca volverse más competitiva reduciendo sus salarios y sus aspiraciones sociales y ambientales, la consecuencia es una espiral descendente general en los ingresos y en las infraestructuras sociales y materiales. Salarios más bajos y una reducción del gasto público implican menor poder adquisitivo, conduciendo al estancamiento, la recesión y el desempleo. Esta dinámica se ve agravada por la acumulación de la deuda; las economías nacionales en los países pobres y aún en los Estados Unidos se enfocan en función del pago de la deuda a expensas del consumo, la inversión y el desarrollo. La caída se ve reflejada en la desaceleración

del crecimiento del PNB global, que pasa de casi un 5% anual en 1948-1973, a solamente la mitad en el período 1974-1989 y a un mero reptar desde entonces».

Para comprender las implicaciones políticas y sociales de la «competitividad» y de la reubicación masiva de la producción en países de bajo costo de mano de obra –tanto los subdesarrollados como los anteriormente comunistas– es importante no perder de vista el rol económico de la represión.

#### EL PAPEL ECONÓMICO DE LA REPRESIÓN

En un famoso e infame anuncio aparecido en una publicación comercial de la industria estadounidense del vestido, los salarios de una trabajadora textil en El Salvador fueron publicitados de la siguiente manera: «Rosa Martínez produce ropa para los mercados de EEUU con su máquina de coser en El Salvador. Usted puede alquilarla por 57 centavos la hora». En posteriores versiones del mismo anuncio, el salario de Rosa había descendido a 33 centavos la hora. Existe una razón para este nivel salarial: el país ha sufrido una guerra civil por décadas, con más de 40.000 muertes. Como en Guatemala, era una guerra de la clase gobernante, apoyada por intereses de los EEUU, contra su propio pueblo, donde el movimiento sindical fue destruido varias veces mediante el exterminio físico, el terror y la intimidación, junto con los partidos que hubieran podido defender los intereses del pueblo contra los de la élite. Fue una guerra para privar a las personas de los medios para defenderse a sí mismas.

Los parques industriales recientemente desarrollados en Indonesia, a 20 kilómetros de Singapur a través del Estrecho de Malaca, emplean trabajadores de Java y Sumatra a un tercio del coste de la mano de obra similar en Singapur. Viven

bajo una dictadura militar que tuvo que asesinar a medio millón de personas en 1965, en los cálculos más bajos, o dos millones según las estimaciones más altas, para tomar el poder y aplastar al movimiento obrero.

China, el mercado laboral más grande y barato que se ofrece en el mundo de hoy al capital transnacional, es el producto de un estado policial terrorista que ha exterminado a 150 millones de sus propios ciudadanos mediante el hambre y la represión. Vietnam, otro estado policial totalitario con sindicatos dirigidos por el gobierno, es el último candidato para el «tigre» asiático.

Rusia tiene una clase trabajadora que recién ahora está surgiendo de siete décadas en las que el estado mató a 40 millones de personas, nuevamente estimando por lo bajo, para deshacerse de todos los vestigios de una sociedad civil con sus instituciones autónomas. Y los otros países excomunistas de Europa Central y Oriental, con 40 años de gobierno comunista detrás de ellos, son sociedades psicológica y económicamente destruidas, donde el tejido social se ha desintegrado y donde nociones fundamentales como el interés público o el bien común han sido desacreditadas por su asociación con la retórica oficial de los regímenes estalinistas. Son sociedades que han sido absorbidas por las ideologías de libre empresa, a veces abrazadas por la misma gente que mantendría las estructuras políticas de los antiguos estados policiales, y más a menudo por aventureros y oportunistas que se integran a una nueva clase gobernante capitalista, tan temeraria pero mucho más corrupta que la de los comienzos de la era industrial, unidos por su odio a los trabajadores y a cualquier forma de movimiento sindical laboral independiente, en su desconfianza de la democracia y en su servilismo al capital transnacional.

Brasil, otro país favorito para la inversión transnacional, es una sociedad desbordada por su propia pobreza, debida a décadas de dictadura militar, donde el ejército y la policía se

aseguraron que los sindicatos permanecieran dóciles y los opositores fueran encarcelados o asesinados.

El chantaje económico continúa: cuando los trabajadores del sector electrónico de Malasia intentaron organizar un sindicato hace dos años, Texas Instruments y otras compañías amenazaron con retirarse del país si el gobierno lo permitía, y los sindicatos son ahora acusados de «actuar contra el interés nacional», una acusación que no debe ser tomada a la ligera en un país con un autoritario y egocéntrico Primer Ministro, armado con un arsenal de leyes represivas de seguridad interna. Las organizaciones sindicales a nivel de empresa son las únicas formas de organización legal en Chile, Guatemala y Tailandia. En Colombia, formalmente una democracia parlamentaria, la central nacional, CUT, informó el año pasado que cerca de 800 dirigentes y activistas sindicales habían sido asesinados desde la fundación de la organización en 1987.

«Los sindicalistas de América han continuado sujetos a una doble ofensiva de largo alcance contra sus derechos más fundamentales», observó la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL) en su «Estudio Anual de Violaciones de los Derechos Sindicales». «El primer elemento de ataque es la trágicamente familiar utilización de la represión extralegal que ha persistido y se ha intensificado en países que han experimentado la transición de la dictadura militar a la democracia formal [...] El segundo elemento del ataque a los derechos sindicales está constituido por la oleada de legislaciones restrictivas que ha sido introducida en todo el continente». No son necesarios conocimientos especializados en economía, elaboradas teorías de excepcionalismo asiático o especulaciones sobre los efectos económicos de las religiones del mundo, para comprender por qué el capitalismo, en su forma más rapaz y destructiva, está barriendo el planeta, virtualmente sin oposición: lo que ahora estamos contemplando son los efectos de décadas de represión, de violencia armada y de miedo.

Antes de la globalización de la economía mundial, cuando las economías nacionales y regionales aún se encontraban protegidas por barreras comerciales, cuando las fronteras políticas aún significaban algo en términos económicos y cuando las comunicaciones internacionales eran más lentas y más costosas, una matanza de decenas de miles en El Salvador o de cientos de miles en Indonesia podía haber sido vista como un crimen horrendo por algunos –quizás por muchos– en las distantes democracias industriales, pero no afectaba a sus sociedades. Ahora, 30 años más tarde, siendo la economía del mundo una sola y con trabajadores indonesios trabajando casi lado a lado de trabajadores europeos o americanos, el olor de la muerte proveniente de una masacre en ese lugar 30 años atrás, implica hoy en día desempleo, explotación y pobreza en Europa y Estados Unidos.

Rosa Martínez ganando 33 centavos la hora en El Salvador, quizás menos aún al escribir esto, debido a que aquéllos que lucharon por mejores salarios fueron asesinados una y otra vez, está trabajando junto a los trabajadores textiles estadounidenses. Ya diez años atrás, estudiosos académicos estadounidenses, como S. Sassen-Koobin, en un ensayo titulado *Mujeres, Hombres y la División Internacional del Trabajo* (Universidad Estatal de Nueva York, 1983), observaban: «Existe creciente conciencia en la industria de que los salarios en la Ciudad de Nueva York se encuentran cada vez más en competencia con los de la industria del vestido en el sudeste de Asia... la disponibilidad de mano de obra inmigrante en Nueva York hace que la ubicación de fábricas en este lugar sea más lucrativa». Aquí la mano de los muertos se tiende, en verdad, para alcanzar a los vivos.

Los dirigentes sindicales estadounidenses e internacionales que fanfarroneaban en 1964 de haber contribuido al derrocamiento del gobierno Goulart en Brasil consiguiendo que sus sindicatos domesticados cooperaran con el golpe militar –otra famosa victoria en la guerra contra el «comu-

nismo»— sabían en su momento que estaban participando en un acto criminal. de lo que no se dieron cuenta es de que estaban socavando la seguridad laboral de sus electores, los trabajadores estadounidenses, 30 años más tarde.

Ninguna de las personas que ahora viven en países pobres eligieron ser pobres: fueron obligados a serlo por la represión. Su única oportunidad de romper este círculo vicioso de pobreza y terror es garantizando instituciones democráticas que abran espacio para que los sindicatos respiren y luchen, y así lograr algún poder para los trabajadores y el común de las personas. En esta lucha, su mejor y, a veces, su único aliado ha sido el movimiento obrero organizado de los países industrializados. Pero también en sus tradicionales bastiones el movimiento sindical está siendo atacado. En todas partes se escucha el graznido reclamando desregulación y flexibilización del mercado laboral. Un director de Courtaulds PLC, compañía química británica, dice que la industria necesita «grandes recortes en costes y niveles de vida [...] aún no se ha tomado conciencia de que debemos trabajar más por menos dinero». Con el fin de lograr esto se debe quebrar el poder de los sindicatos en América del Norte y en Europa.

## DESTRUCCIÓN GLOBAL DEL SINDICALISMO

Respondiendo ante previsibles fusiones de sindicatos del sector público en Gran Bretaña, el *Times* de Rupert Murdoch, ya a comienzos de 1992, se manifestó contra «las grandes coaliciones de trabajadores» y proclamó la definición conservadora de las «exitosas organizaciones sindicales del mañana»: «Serán esencialmente asociaciones de personal, con base en el lugar de trabajo en particular. Serán no ideológicas, excepto en lo que se refiere a entender que la prosperidad de sus miembros está ligada a la de sus emple-

adores. Sostendrán y defenderán contratos individuales y los derechos legales de los trabajadores [...] Las organizaciones de trabajadores juegan un papel en la modernización de la gestión». La Nueva Derecha desea tener ahí a los trabajadores: en «asociaciones de personal» de base empresarial, divididas e impotentes, autorizadas solamente a manejar quejas particulares y a promover la prosperidad del empleador.

Es difícil imaginar que semejante programa pueda ser impuesto en toda su magnitud en las democracias industriales, sin abolir la democracia. Pero ésta ya no puede darse por sentada, ni siquiera en sus bastiones tradicionales. Lo nuevo en el ataque al sindicalismo en los países industrializados es que constituye también una ruptura con las políticas de consenso social, a veces también llamadas neocorporativas, que caracterizaron las relaciones sociales de las principales democracias industriales en el período de posguerra. Los hombres de negocios capitalistas en los países industrializados están ahora liberándose de las restricciones morales impuestas al mismo por la derrota del fascismo a finales de la Segunda Guerra Mundial. El paso del tiempo y el control obtenido por la derecha sobre la mayoría de los medios de comunicación en Europa, América del Norte y Japón, está liberando gradualmente a los empresarios del oprobio de haber financiado y mantenido al fascismo en Europa y al extremismo nacionalista en Japón. También está borrando el recuerdo de que los sindicalistas y socialistas lideraron la resistencia democrática y pagaron el más alto precio para asegurar el futuro de la democracia global, mientras la élite dirigente del mundo de los negocios, con muy pocas excepciones, eran partidarios entusiastas de la máquina de guerra fascista, colaboraron en el exterminio de los judíos y otras víctimas étnicas y políticas del fascismo e hicieron una fortuna a costa de la sangre de millones de personas. El nazismo en Alemania, el fascismo en Italia y otros países de Europa o la dictadura militar en Japón fueron, entre otras

muchas cosas, el más ambicioso y provisionalmente exitoso ejercicio de destrucción del movimiento sindical de toda la historia moderna. El actual ataque contra el movimiento sindical es un intento contrarrevolucionario que se alza frente a la revolución democrática que la Resistencia realizó en Europa, contra la *New Deal* en los EEUU, con todas sus dimensiones culturales, filosóficas y políticas, y también contra la democratización de posguerra en el Japón.

El carácter contrarrevolucionario del avance de la Nueva Derecha es responsable de algunos de sus aspectos más estridentes: el matiz de venganza, la mezcla de arrogancia y desvergüenza, de provocación y nerviosismo. Esto se hizo evidente en el tono de la última administración republicana en los EEUU y en los pronunciamientos de importantes *thatcheristas*, pero también en los antiguos países comunistas donde grupos reaccionarios y fascistas han retornado vigorosamente. El Primer Ministro de la República Checa, Václav Klaus, dice que uno de los grandes problemas de su país es la «infiltración política de sindicalistas y socialdemócratas de Europa Occidental»; Istvan Czurka, dirigente de la escisión derechista del Foro Democrático Húngaro, dice que el crimen y el declive cultural en Hungría tienen «orígenes genéticos» y que el país es víctima de una conspiración universal judeo-liberal. En Rumania, antiguos prominentes propagandistas estalinistas y agentes de la Securitate están ahora liderando partidos extremistas nacionalistas y publicando periódicos fascistas. Milosevic en Serbia y Tudjman en Croacia se mantienen en el poder mediante la misma mezcla venenosa de estalinismo y fascismo, y fue sobre esta plataforma, por supuesto, que Zhirinovskiy, el candidato de la KGB en las últimas elecciones rusas, condujo exitosamente su campaña.

La amenaza a la democracia es ahora universal y alcanza a todas las regiones y zonas político-económicas. Ésa es una de las razones por la que el tema de los derechos de-

mocráticos tiene una importancia tan fundamental. La capacidad de los trabajadores de organizarse en todo el mundo, Norte, Sur, Este y Oeste, para establecer vínculos internacionales efectivos y apoyarse unos a otros, depende de ello. Ese apoyo mutuo es una pieza fundamental de lo que definimos como solidaridad global. Ésa debe ser nuestra respuesta al capital transnacional que opera en un mercado laboral global.

El más poderoso interés común que une al movimiento obrero de todas las partes del mundo, en los tradicionales países industrializados del «Norte», en los países subdesarrollados del «Sur» y en los países excomunistas, es la lucha común por los derechos humanos y democráticos. Aquellos que intentan decirle a los trabajadores asiáticos, por ejemplo, que la lucha por los derechos humanos es una trampa proteccionista de los sindicatos occidentales para salvar los empleos occidentales, son unos cínicos mentirosos. Ni los trabajadores asiáticos ni ningunos otros pueden intercambiar dignidad por prosperidad, y quien lo intente perderá ambas cosas.

El secretario general de la CIOU, Enzo Friso, ha señalado que si fuera verdad que el ejercicio de los derechos democráticos es una amenaza para el desarrollo económico, los países más represivos serían los más ricos, cuando en realidad es lo opuesto: «La locura y la corrupción que han desfigurado toda la historia del desarrollo son la consecuencia directa del modo en que gobernantes no representativos han ignorado o reprimido a sus ciudadanos».

No sólo los derechos laborales se encuentran en peligro. Pero su afirmación es parte integral y una precondition para un desarrollo consistente con los intereses de la sociedad en general desde un punto de vista ecológico, social y cultural.

## EL IMPERATIVO DE LOS DERECHOS HUMANOS

En un notable informe de 1992 titulado *Derechos Humanos Indivisibles. La relación de los derechos políticos y civiles con la supervivencia, la subsistencia y la pobreza*, el Human Rights Watch de Nueva York demuestra que «la subsistencia y en realidad la supervivencia, a menudo dependen de la existencia de derechos civiles y políticos, especialmente de aquellos derivados de la responsabilidad democrática». Contrariamente a lo que afirman algunos gobiernos, especialmente en Asia, proclamando que los derechos sociales y económicos (comida, vestido, albergue) deben anteponerse al lujo de garantizar las libertades políticas, el informe demuestra la estrecha unión existente entre los derechos democráticos y la capacidad de liberarse del hambre, de la destrucción ambiental y de la pobreza. Estos derechos democráticos incluyen la libertad de expresión, de asociación y de reunión, la realización de elecciones libres y plurales, así como la libertad de desplazamiento y de fijación de residencia. El problema clave reside en la responsabilidad democrática, esto es, en la capacidad de la gente para cuestionar y revisar las políticas del poder ejecutivo y establecer controles sobre estas autoridades cuando sus políticas no sean consideradas de interés público por la población.

Los gobernantes de países que niegan los derechos democráticos fundamentales a sus pueblos están de hecho impidiendo, y no promoviendo, su desarrollo. Están vendiendo el trabajo de su pueblo y los recursos de sus países por la ganancia a corto plazo de una pequeña y a menudo corrupta clase gobernante y, si se hiciera justicia, serían juzgados por alta traición.

Observemos ahora, por un momento, las consecuencias para las llamadas democracias industriales de la denegación de derechos democráticos en el Tercer Mundo y en los anti-

guos países comunistas. Las democracias industriales son pocas. Son, hablando en general, los países industrializados de la OCDE: Europa occidental, Norteamérica, Japón, Australia y Nueva Zelanda. En el mundo de posguerra, representaban las sociedades prósperas, democráticas y abiertas que formaban la estructura de poder apuntalando el orden mundial que había surgido tras la derrota del fascismo en Europa y Asia. Aunque tendían a reservar la democracia para ellos mismos (al fin y al cabo, fueron EEUU, Gran Bretaña y Francia quienes más agresivamente se enfrentaron con movimientos populares y progresistas, apoyando a gobernantes conservadores y protegiendo las inversiones de las transnacionales en todo el Tercer Mundo), esas sociedades permitían un espacio político para el desarrollo de fuerzas democráticas que, en momentos diferentes, han tenido un significativo impacto internacional, incluyendo entre ellas al movimiento laboral, el movimiento ecologista y el movimiento de las mujeres, entre otros. Se encuentran enraizadas en la opinión democrática y protegidas por instituciones democráticas. Son, organizativa, financiera y políticamente el principal apoyo de una sociedad civil mundial que está surgiendo y los principales aliados, cuando no los únicos, de todos los pueblos que luchan por su liberación y sus propios derechos democráticos.

La democracia y la prosperidad en las sociedades industriales fueron los principales frutos de la victoria sobre el fascismo, pero están amenazadas bajo una economía global estancada y con un mercado laboral global en el que los niveles de vida de la mayoría de población mundial han sido reducidos al más bajo escalón posible por la dictadura de las pistolas, de las cámaras de tortura y de los campos de exterminio.

## LA DEMOCRACIA INDEFENSA

Si pensamos en las amenazas que penden sobre la democracia a nivel mundial, lo primero que debemos tener en cuenta es el escaso compromiso de los principales gobiernos democráticos con la defensa de la democracia. La historia reciente demuestra claramente que los gobiernos de los EEUU (sean republicanos o demócratas), de la Unión Europea y de Japón no están interesados en la democracia. Están interesados en la estabilidad. Los ciudadanos interesados en el futuro de la democracia no pueden cometer peor error que esperar algún aliento de los gobiernos democráticos. Si pudiera haber algún subproducto válido de la Guerra del Golfo, aparte del mantenimiento de la ley internacional y del dudoso logro de devolver Kuwait a la soberanía de su rey, ese hubiera sido el derrocamiento de la tiranía de Saddam Hussein. Ese resultado fue deliberadamente evitado y el régimen queda libre para torturar y asesinar a los oponentes democráticos en Bagdad, a los Kurdos en el norte y a los Chiitas en el sur. La abyecta traición a la democrática y pluralista Bosnia-Herzegovina es el resultado de una deliberada decisión de los gobiernos occidentales de no oponerse al fascismo croata y serbio. La política occidental hacia Europa Central y Oriental ha sido apoyar las políticas de «ajuste estructural» del Banco Mundial y del FMI que han socavado los fundamentos sociales y económicos de la democracia, al tiempo que entregaban indefensos a los países excomunistas en manos del capital transnacional. La extraña apatía que el estado alemán y otros gobiernos europeos muestran ante las actividades criminales de bandas fascistas bien organizadas tampoco es un estímulo para los demócratas.

Japón, el superpoder regional, ha indicado que nada tienen que temer los militares tailandeses, una fuente de corrupción en todo el sudeste asiático, y los militares de

Birmania, que dirigen uno de los más represivos regímenes existentes. Sus regañinas al SLORC [Comité del Estado para la Restauración de la Ley y el Orden] de Birmania tienen la misma energía que, en su día, tuvieron las protestas de Thatcher contra la violación de los derechos humanos en Sudáfrica. El gobierno australiano, que desea ardientemente su aceptación en Asia, corteja a la dictadura de Indonesia y le hace saber que la defensa de los derechos humanos ya no es una de sus prioridades.

La inactividad de los gobiernos democráticos en la defensa de la democracia en todo el mundo ha llevado a una nueva crisis mundial: el repentino y enorme crecimiento de la población mundial de refugiados. En noviembre de 1993, ACNUR informó que en 1992 el número de refugiados en el mundo aumentó en 10.000 por día. La cantidad total de refugiados pasó de 2,5 millones en 1970 a casi 44 millones hoy en día. Más de 19 millones han sido obligados a expatriarse y otros 24 millones han sido desalojados de sus hogares y son refugiados «desplazados internamente», víctimas de las «limpiezas étnicas» y otras formas de persecución. Nunca antes ha habido tantas personas en busca de protección y de asilo. De acuerdo con el informe, las principales causas son «los conflictos violentos y la caótica quiebra del orden civil». Continúa diciendo que «asegurarse de que los derechos humanos son respetados donde la gente vive, de modo que no sea necesario que huyan para encontrar protección, es asunto de la mayor urgencia». Pensarán ustedes que esta conclusión de sentido común sería una preocupación prioritaria de los gobiernos democráticos. Se equivocarían. La preocupación prioritaria de los gobiernos democráticos es fortalecer las medidas policíacas para mantener fuera de sus países a la creciente población de refugiados.

La Unión Europea ha generado un nuevo organismo, que se suponía secreto y que no es responsable ante ningún tipo de representantes electos. Se llama el Comité K4 y está

compuesto por funcionarios de seguridad nacional con amplios poderes para coordinar la lucha contra el crimen internacional, incluyendo el tráfico de drogas y el blanqueo de dinero, pero también contra la inmigración ilegal y el asilo. Encabezando la lista de sus preocupaciones se encuentra la inmigración ilegal: «el proceso de erigir barreras aún más altas contra los refugiados de Bosnia y de otras partes se encuentra ya bien adelantado. Ya están en marcha planes para coordinar políticas sobre la expulsión forzosa de inmigrantes indeseados y un nuevo sistema de huellas digitales de alta tecnología para los que buscan asilo». Ahora debemos preguntarnos durante cuánto tiempo podrán sobrevivir las instituciones democráticas, incluso en aquella pequeña parte del mundo donde se dan por descontadas, dado el desempleo masivo y permanente y las condiciones laborales y de vida que continúan empeorando, junto con la presión de la inmigración. Millones de refugiados están golpeando a las puertas de las prósperas democracias, pues sus países se encuentran sumergidos en la guerra y el terror, y ellos son mantenidos fuera por los militares y la policía.

La inquietud llega hasta algunos empresarios. Un creciente número de altos ejecutivos de empresas europeas están preocupados por la ruptura social provocada por las decisiones de las corporaciones. Un directivo de Allied Signal Europe NV se preguntaba recientemente: «¿Puede la sociedad mantener un 20% de desempleo? ¿Dónde nos conduce esa situación? ¿Quién se fija en esto?» Schmidheiny, que ocupa un lugar destacado en el mundo de las corporaciones suizas, juega un papel internacionalmente activo en la protección del medio ambiente. Antes que cualquier otro, Antoine Riboud, Presidente Director General de la transnacional francesa de la alimentación BSN [desde julio, Danone], abogó por un consenso social basado en el reconocimiento de los sindicatos, y ha declarado públicamente que desea relacionarse con sindicatos fuertes e independientes.

Podemos encontrar aliados incluso en algunas pocas empresas, las que tienen una dirección más seria y responsable.

La democracia no puede sobrevivir si el capital transnacional tiene éxito en imponer sus soluciones económicas a nivel mundial y si tiene éxito en imponer sobre los trabajadores de Europa Occidental y Norteamérica los modelos sociales de China, Indonesia, Rusia, Brasil o El Salvador. La manera en que la democracia de Europa o de América puede ser socavada, debilitada y finalmente destruida puede tomar diversas formas, pero podemos estar seguros de una cosa: el dominio incontrolado del mundo por el capital transnacional significa el fin de muchas cosas, en particular el fin del movimiento laboral por mucho tiempo, quizás por un siglo, como una fuerza significativa para un cambio progresista en el mundo, o como potencial para crear esa fuerza.

#### LA IRRELEVANCIA DE LOS ESTADOS-NACIÓN

¿Qué opciones tenemos ante nosotros? El remedio tradicional, consistente en tratar de conseguir el poder en el contexto nacional y adoptar una legislación protectora, se ha quedado anticuado e ineficaz, aunque, evidentemente, debería usarse siempre que sea posible.

La globalización de la economía mundial está restringiendo rápidamente el espacio en el que significan algo las decisiones de política económica y social tomadas a nivel nacional. Los Estados-nación y las legislaciones nacionales son cada vez más irrelevantes, porque las economías domésticas están más y más condicionadas por fuerzas externas sobre las que no tienen ningún control los agentes económicos, políticos y sociales nacionales.

Un ejemplo extraordinariamente claro lo dio Richard Gardner, nombrado embajador de EEUU en España en noviembre de 1993, cuando declaró que, tras consultar a 33

firmas estadounidenses con negocios en ese país, tenía que informar a la opinión pública española que los inversores americanos estaban perdiendo interés en España a causa de sus altos costes laborales, las «rigideces del mercado laboral» y las deficientes infraestructuras. Esta declaración se produce precisamente en un momento en que el gobierno español se estaba preparando para una confrontación con los sindicatos en torno a esos temas: el control sobre la seguridad en el empleo y las condiciones de contratación.

La creciente irrelevancia de los Estados nacionales ayuda a explicarse por qué gobiernos de diversos países, llegados de franjas opuestas del espectro político y elegidos tras haber presentado programas totalmente diferentes, terminan haciendo políticas más o menos similares. Walter Wriston, que fue presidente de Citicorp, describe como «200.000 pantallas distribuidas por todo el mundo» dirigen «un tipo de plebiscito universal sobre las políticas monetarias y fiscales de los gobiernos emisores de moneda... No hay ninguna manera de que una nación escape a ello». Wriston recuerda la elección del «ardiente socialista» François Mitterrand como presidente de Francia en 1981: «El mercado echó una ojeada a sus políticas y en seis meses la fuga de capitales le obligó a cambiar de rumbo».

Los bloques comerciales y las zonas geográficas de cooperación económica se multiplicarán y se harán más fuertes, pero en definitiva lo que hacen es replantear los mismos problemas a nivel regional. En el mejor de los casos, puede ser más fácil conseguir la introducción de cláusulas sociales en los acuerdos comerciales de cara a garantizar unos estándares sociales mínimos como condición para pertenecer al bloque comercial, aunque el fracaso de ese intento en la recientemente concluida renegociación del GATT no da muchos ánimos para esas expectativas.

¿Qué hacer entonces? No es difícil idear sensatas alternativas keynesianas frente al rumbo catastrófico seguido por

los principales gobiernos, por las instituciones de Bretton Woods y por los demás centros de decisión y de poder político en la «comunidad internacional». Más allá de esto, está la gigantesca tarea de reinventar una sociedad que se organice en torno a la prioridad de satisfacer las necesidades humanas, en una época en la que a una creciente parte de la humanidad se le niega una recompensa material a cambio de un trabajo productivo y creativo, y en la que la noción de trabajo, por tanto, tiene que ser separada de la noción de renta, y ésta última separada de la noción de sueldo o salario. Sin embargo, la dificultad inmediata que se nos plantea es que no estamos en un debate sobre quién tiene las mejores ideas, sino en un debate sobre el poder. En consecuencia, el problema es de organización. Organizarse es lo que el movimiento obrero acostumbraba a hacer mejor, pero eso ya no es cierto en su presente estado de desorientación y confusión. Para organizarse efectivamente, el movimiento obrero debe aprender a pensar de modo global.

#### ORGANIZACIÓN GLOBAL

Para organizar debe comenzarse desde nuevas premisas. Los sindicatos en las democracias industriales están a la defensiva: en algunos países sus fuerzas han sido diezmadas y su margen de negociación se ha estrechado hasta el mínimo. En muchos países los empleadores han pasado de la aceptación de un consenso social a una política de confrontación. En los antiguos países comunistas, las organizaciones sucesoras de los antiguos sindicatos y las organizaciones alternativas surgidas de la oposición política, se encuentran desarmadas por gobiernos hostiles y autoritarios, por la desmoralización de sus adherentes y por el desempleo masivo. En el Tercer Mundo, los sindicatos son incapaces de detener la pauperización de sus países y, generalmente, no cuentan

con el apoyo de gobiernos simpatizantes como en el pasado. En situación tan desesperada, muchas organizaciones se encierran en sí mismas, con la equivocada idea de que concentrarse en sus asuntos internos ayudará a resolver los problemas inmediatos de sus miembros. En el nuevo orden mundial lo opuesto es la verdad: ya no puede existir ninguna política sindical efectiva, ni siquiera a nivel nacional, que no sea global en concepto e internacional en organización. No es sorprendente que las pequeñas, débiles y asediadas organizaciones sindicales del Tercer Mundo hayan entendido esto mejor que cualquier otra, ya que la dependencia económica —y por lo tanto la interdependencia— forma parte de la vida de sus sociedades y ha sido asimilada a través de su propia experiencia. Quienes más han tendido a atrincherarse en el provincianismo y en la autocomplacencia han sido, incluso en esta fase tardía, los movimientos sindicales tradicionalmente más poderosos. La experiencia de repetidas derrotas no es necesariamente madre de la innovación.

Una perspectiva global tiene que implicar al conjunto de los afiliados mucho más que lo acostumbrado. Una corporación transnacional tiene que ser vista como un todo por quienes trabajan en ella y negocian con ella. En la Unión Europea, el proyecto legislativo para la creación de comités de empresa regionales es un paso en esa dirección, pero también tiene el peligro de fomentar la idea de que una organización europea es un fin en sí misma, reforzando la propaganda nacionalista que presenta a los trabajadores de otras regiones como competidores y enemigos. El enfoque sindical debe tomar la empresa como una estructura mundial, y debe tener el objetivo de crear organización en todos los lugares donde opere la compañía. Nuevas formas de organización empresarial requieren nuevas formas de organización sindical, superando las tradicionales líneas jurisdiccionales de separación y formando coaliciones de sindicatos adaptadas a la naturaleza específica de la empresa y de los proble-

mas planteados. La negociación colectiva internacional, e incluso una negociación articulada entre estructuras sindicales internacionales, nacionales y locales cuando esto sea apropiado, debe convertirse en una prioridad de los sindicatos que se relacionan con compañías transnacionales.

La reestructuración a nivel nacional es una apremiante necesidad en muchos países, de cara a aunar los escasos recursos disponibles y desarrollar servicios especializados, ahora no existentes, capaces de comprender las políticas de las compañías y de los gobiernos, de desarrollar contraestrategias y de convertir éstas en campañas organizativas. ¿Cómo puede permitirse la AFL-CIO tener unos 90 sindicatos cuando el nivel de afiliación ha caído por debajo del 16%? ¿Cómo puede el movimiento sindical francés permitirse cinco centrales nacionales, con un nivel de afiliación inferior al 12%? Nueva Zelanda, con una población de 3 millones, tenía unos 300 sindicatos cuando el gobierno conservador tomó el poder. Aprendieron por el camino duro. En Australia, Gran Bretaña y Japón se han producido importantes fusiones sindicales y otras están en marcha. Deben acelerarse. No hay nada malo en las fusiones. La amplitud no es una amenaza para la democracia. Hay numerosos pequeños sindicatos burocráticos y osificados. La pequeñez no es garantía de democracia; en general, es garantía de impotencia.

En una perspectiva global, la fuerza sindical no debe ser socavada por consideraciones sectarias. La fuerza sindical debe ser preservada allá donde exista, y el valor de un movimiento sindical debe ser juzgado en base a su capacidad para defender los intereses de sus miembros, no en función de pasados políticos. Por ejemplo, es un error aceptar que el Estado se apropie del patrimonio sindical en los países excomunistas, con el pretexto de que son bienes robados a los trabajadores cuando el Estado controlaba los sindicatos. Si este patrimonio puede jugar hoy un papel para fortalecer el

campo sindical contra los reaccionarios estados capitalistas hoy realmente existentes, deben ponerse todos los medios para que permanezca en manos de los sindicatos.

Las organizaciones sucesoras de los antiguos sindicatos comunistas deben ser apoyadas si se han reformado lo suficiente para formar una línea de resistencia contra los «programas de ajuste estructural» que preparan el terreno para el neoestalinismo y el fascismo. Es una locura tratar de aislar a organizaciones sindicales representativas con una capacidad probada de defensa de sus afiliados, con el argumento de que, total o parcialmente, están contaminadas por un pasado comunista.

Los programas formativos de los sindicatos deben centrarse en las implicaciones del Nuevo Orden Mundial, dirigiéndose a capacitar a sus afiliados para comprender lo que les está ocurriendo y lo que previsiblemente ocurrirá, y preparándoles para el esfuerzo por una organización a lo ancho y largo del mundo. ¿Cuántos sindicatos tienen programas de formación? ¿Y cuántos de esos programas están relacionados con el Nuevo Orden Mundial, que es la realidad que sus miembros enfrentan cada día? Por regla general, entre los afiliados no se discuten temas internacionales.

Para que el movimiento llegue a ser eficaz globalmente, deben emplearse muchos más recursos en actividades internacionales sindicales. En el presente, pocos son los sindicatos, incluso entre las centrales sindicales de los países industrializados, que tienen departamentos internacionales, y cuando los hay están subequipados, normalmente con sólo dos o tres personas. En muchos países, las relaciones internacionales se encargan, junto a otras muchas tareas, al presidente o algún otro dirigente del sindicato. Los presupuestos para actividades internacionales suelen ser ridículamente bajos, y demuestran que para muchos dirigentes sindicales las actividades internacionales carecen de importancia.

Más importante aún: la propia naturaleza de las activi-

dades internacionales es mal comprendida y mal interpretada. En los días felices de los años 50 y 60, muchos sindicatos, especialmente en los países industrialmente desarrollados, tenían suficiente fuerza industrial y financiera para encargarse de sus propios intereses sin necesidad de ningún apoyo internacional. Para muchos, la actividad internacional era recreativa y diplomática, y, en el mejor de los casos, caritativa y declarativa. Las denuncias verbales de la injusticia colonialista y, a veces, imperialista, junto a contribuciones financieras que podían parecer generosas pero que frecuentemente sumaban menos que las donaciones caritativas dentro del propio país, cubrían el expediente de las actividades internacionales. Esto iba acompañado de una actitud paternalista ante las organizaciones sindicales internacionales y cierta complacencia frente a la sociedad y el mundo.

Muy pocos sindicatos relacionan sus programas internacionales con los problemas que tienen sus afiliados en sus centros de trabajo, y cuando lo hacen no suele ser consecuencia de un programa sistemático, a largo término y activo para educar a los afiliados en las conexiones mundiales de las políticas de las empresas y de los gobiernos, sino resultado de una momentánea enardecida combatividad, habitualmente en respuesta al cierre de alguna planta productiva.

La memoria de los abusos pasados permanece: los sindicatos permitían que sus programas internacionales fuesen utilizados para operaciones de los servicios de inteligencia de los gobiernos, o como pretexto para viajes turísticos de la cúpula del sindicato, que rara vez daba cuentas de qué había hecho por ahí fuera. En el mejor de los casos, honestos dirigentes con buena voluntad veían en los programas internacionales una especie de caridad, ayudando a los débiles sindicatos de otros países con el mismo espíritu con el que hacían su contribución a la Cruz Roja. Pero quienes miran la acción sindical internacional como una actividad caritativa están ignorando la esencia del sindicalismo: la solidaridad, a

diferencia de la caridad, es una relación recíproca. La caridad va de arriba hacia abajo, la solidaridad se basa en la aceptación de mutuas responsabilidades. La reducción de los presupuestos de los gobiernos y de los sindicatos, y en menor medida el incremento de la conciencia de los afiliados, ha reducido considerablemente los camuflajes políticos y las manipulaciones. Pero muchos líderes y miembros de los sindicatos siguen teniendo una visión muy superficial del mundo en el que viven, cuando no carecen completamente de ella.

La organización debe crearse en su contexto político y con instrumentos políticos, centrándose en la defensa de los derechos humanos, núcleo central en torno al cual los trabajadores y otras víctimas del Nuevo Orden Mundial pueden organizarse y formar coaliciones con solidez y profundidad política. Esto requiere que la defensa de los derechos humanos sea un imperativo categórico. Una defensa que, para tener credibilidad, no puede ser selectiva, aunque esto origine problemas a algunas centrales sindicales que tienen una tradición de sometimiento a gobiernos autoritarios o de ocultarse tras el principio de «no intervención en los asuntos internos».

## EL MOVIMIENTO SINDICAL INTERNACIONAL

¿Pero esto no obliga a reinventar el movimiento socialista internacional? Si la Internacional Socialista fuese el tipo de organización que su nombre indica, los sindicatos no tendrían que encargarse de la dimensión política de la actividad del movimiento obrero en un grado tan elevado como el que he sugerido. La Internacional Socialista, sin embargo, no es de ese tipo. Es un foro para los dirigentes de los partidos socialistas, especialmente los europeos, en el que exponen e intercambian opiniones, normalmente favorables al

sindicalismo cuando sus partidos están en la oposición y hostiles cuando están en el gobierno. Son los pequeños partidos los que necesitan y piden una organización internacional capaz de actuar, pero sus demandas son desatendidas.

Los partidos grandes prefieren una organización que no interfiera con sus propias prioridades. Se aseguran que el centro internacional se mantenga siempre débil y que sus políticas nunca vayan más allá del mínimo común denominador con el que pueden comprometerse. Como su preocupación fundamental está centrada en los asuntos nacionales, ese común denominador es siempre muy pequeño. En consecuencia, la Internacional Socialista es totalmente incapaz de producir una interpretación independiente del mundo actual, y más aún de enfrentarse a él. De la misma forma que la defensa de la democracia no puede dejarse en manos de los gobiernos democráticos, la dimensión política de la acción del movimiento obrero no puede dejarse en manos de la Internacional Socialista.

Un enfoque global de la organización del trabajo y de la acción sindical implica una profunda reorganización del movimiento sindical internacional existente, compuesto en esencia por la CIOSSL —que es la federación de organizaciones territoriales como las centrales nacionales— y los Secretariados Profesionales Internacionales (SPI), que son unas 15 federaciones de sindicatos que cubren industrias específicas o sectores económicos.

La CIOSSL se encuentra en una etapa delicada de su desarrollo y enfrenta una paradoja política. Por un lado, se encuentra en la cumbre de su historia. Sus competidores están muy disminuidos. La comunista Federación Sindical Mundial (FSM) ha perdido la mayor parte del apoyo gubernamental del que dependía, así como la mayoría de sus afiliados, y su infraestructura y red política están desorganizadas. La cristiana Confederación Mundial del Trabajo (CMT) es poco más que un grupo de propaganda de Acción Ca-

tólica, dependiendo de una sola organización fuerte y representativa, la Confederación Belga de Sindicatos Cristianos. Se han incorporado a la CIOSL bastantes organizaciones antes afiliadas a la FSM, y también otras que eran independientes como forma de mantener cierta equidistancia. La CIOSL cuenta con 150 organizaciones afiliadas en unos 100 países, agrupando aproximadamente 110 millones de trabajadores, las cifras más altas de su historia.

Para fines prácticos, la CIOSL es hoy la representación del sindicalismo internacional, la única que cuenta. Sin embargo, por otro lado, es un gigante sin dirección. Los que relacionaban sus funciones principales con la Guerra Fría, están ahora desorientados. La alternativa obvia no entra en su cabeza: ahora es el momento de retomar las cosas en el punto donde las dejaron las internacionales obreras serias del pasado. Una organización internacional del movimiento obrero formada con la intención de dirigir la lucha de los trabajadores por su emancipación y por la de toda la sociedad, es algo que resulta inimaginable para aquellos que ignoran la experiencia pasada, desdeñan la historia y la teoría y tienen miedo de la lucha.

El Consejo Ejecutivo de la CIOSL está formado por dirigentes de centrales sindicales nacionales preocupados con los problemas nacionales y que piensan en términos nacionales. Tienen intereses creados que les hacen creer que hay soluciones nacionales a los problemas de sus miembros y están atrapados por dependencias estructurales que les impiden tener una visión global. Esta es una de las razones por las que bastantes centrales sindicales nacionales que, por medio de su acceso a fondos públicos de desarrollo, han dado apoyo a la actividad sindical internacional en el pasado, ahora comienzan a ayudar directamente a los sindicatos en los países excomunistas o en países en desarrollo, pasando por encima de las organizaciones sindicales internacionales. Este tipo de asistencia internacional bilateral fomenta

el caos, aumenta el riesgo de corrupción y debilita al sindicalismo internacional cuando más necesita fortalecerse, pero da buena imagen ante los auditorios nacionales.

Las actividades de la CIOISL que deberían ser la punta de lanza de la acción sindical internacional (defensa de los derechos humanos, apoyo político y organizativo a los sindicatos en los ex países comunistas y en el Tercer Mundo, acciones sobre CTN en cooperación con los SPI) están desfinanciadas y subvaluadas. La institución vive demasiado en un mundo abstracto y burocrático, donde la forma precede a la sustancia y la preocupación sobre jurisdicción y prestigio ensombrece el propósito original de su acción.

Los SPI tienen diferentes problemas. Edo Fimmen, secretario de la Federación Internacional de Sindicatos (la «Internacional de Amsterdam») por un breve período después de la Primera Guerra Mundial, luego secretario general de la Federación Internacional de Trabajadores de Transportes durante gran parte de los años 20 y 30, comprendió e intentó resolver, setenta años antes que nosotros, la mayoría de los problemas que aún intentamos resolver hoy. Consideraba a los SPI como la forma más apropiada de organización sindical para conducir las luchas laborales internacionales. En un libro profético, *La alternativa laboral-Los Estados Unidos de Europa o Europa S.A.*, predijo «que el desarrollo del capitalismo siempre ha determinado la forma organizativa de sus oponentes, ha dado lugar primero que nada a los sindicatos locales y luego a los nacionales; del mismo modo, el capitalismo se convertirá, si no en el creador, al menos en el promotor de la organización internacional de los trabajadores industriales».

Fimmen no se hacía ilusiones sobre la capacidad de los sindicatos de su época, en cuanto a hacerse cargo de su tarea histórica: «Aún estamos lejos de ese punto. Es probable que aún pasen varios años antes de que los SPI (que aún se encuentran en la primera etapa de su actividad y la mayoría

de los cuales aún carecen de importancia sustancial) hayan ganado práctica y teóricamente el liderazgo en las luchas sindicales».

Setenta años más tarde, después que una segunda guerra mundial y la subsiguiente Guerra Fría retrasaran al movimiento sindical por décadas, muchos SPI aún «carecen de importancia sustancial» en términos de su capacidad de conducir exitosamente las luchas del sindicalismo internacional. Su conclusión, sin embargo, continúa siendo ineludible: «pero no importa cuan débiles e imperfectos sean los SPI respecto a su organización ni cuan pequeños a nivel internacional, de cualquier manera el desarrollo del capitalismo los obligará a retomar la tarea que les pertenece, a menos que el proletariado caiga internacionalmente en una condición de mayor dependencia y esclavitud que la de la clase trabajadora en sus actuales subdivisiones nacionales».

En esta etapa los SPI necesitan fortalecer su capacidad de intervención efectiva en cualquier momento y en cualquier parte del mundo donde los derechos sindicales son amenazados, pero también deben ser capaces de una acción sostenida a largo plazo. A corto plazo deben adquirir los medios de ejercitar el poder en defensa del interés público de modo tal que no puedan ser ignorados por gobiernos o corporaciones transnacionales, sin importar cuan grandes y poderosas sean. Esto no puede alcanzarse sin una concentración de los recursos disponibles y esto, a su vez, significa una serie de fusiones para crear un número menor de organizaciones de mayor tamaño y más efectivas. Estos son procesos lentos, pues deben ser democráticos, involucrando decisiones colectivas de organizaciones federadas, donde culturas políticas, estructuras financieras y organizativas y personalidades diferentes deben unirse. Pero son inevitables si los SPI quieren llevar a cabo sus históricos términos de referencia. No es difícil ver que, en términos de recursos necesarios para una organización efectiva desde el punto de

vista de los servicios y de la acción, ningún SPI con menos de 10 millones de miembros será viable a fines de siglo, y que una efectiva defensa de los intereses de los trabajadores requiere no los 15 SPI actuales sino siete como máximo, cada uno con una masa crítica que lo capacite a organizarse en profundidad y mantener con éxito luchas costosas y a largo plazo. Es necesaria la más estrecha conexión posible entre los SPI y la CIOSL, ya que serán constantemente necesarias las alianzas entre SPI, centrales nacionales y organizaciones regionales para manejar asuntos específicos.

Hoy más que nunca es necesario reformar la CIOSL como organización conjunta de SPI y centrales nacionales, con una estructura dual (territorial y sectorial), para facilitar la acción conjunta entre un número de socios en coaliciones cambiantes, adaptándose a los problemas específicos de un entorno internacional en rápida mutación e introduciendo en el pensamiento del movimiento sindical mundial una dimensión internacional que vaya más allá de las argucias políticas y de la diplomacia.

Existe una objeción obvia que está enraizada en la historia sindical internacional postbélica. Cuando se formó la FSM como una federación internacional unida a nivel mundial, incluyendo a las organizaciones laborales controladas por el estado en la URSS y sus nuevos satélites, así como los sindicatos socialdemócratas de Europa y la CIO americana, inmediatamente se desarrolló una lucha por el control entre el bloque soviético, con sus aliados comunistas por un lado, y las organizaciones socialdemócratas por otro, lo que finalmente condujo a una ruptura y a la formación de la CIOSL, permaneciendo la FSM bajo control comunista. Uno de los temas conflictivos era la categoría de los SPI, que los comunistas deseaban incorporar en la estructura de la FSM como departamentos, mientras que los sindicalistas socialdemócratas, que controlaban los SPI, insistían en su independencia.

Los años siguientes demostraron ampliamente la superioridad de los SPI sobre sus contrapartes comunistas, las Uniones Internacionales Sindicales (UIS) que la FSM había creado dentro de su estructura tras la división. La independencia de los SPI –incluso de la CIOSL– les dio un alto grado de flexibilidad y movilidad, junto con un mayor grado de profesionalismo y militancia que cualquier otra organización sindical internacional. Surge entonces la pregunta de si estas ventajas no se perderían si los SPI se convirtieran en parte de la estructura de la CIOSL.

Esto es improbable, ya que los SPI de hoy y del mañana son organizaciones muy diferentes de las del período de posguerra o de la época de Fimmen. Los SPI de hoy y más aún los futuros (si el proceso previsto de fusión se materializa) serán sustancialmente mucho más influyentes que muchas centrales nacionales. En una estructura internacional común, no encontrarían difícil jugar su propio papel como iguales. Son estas relaciones de igualdad las que asegurarán la salud y la estabilidad de la organización.

## LA RECONSTRUCCIÓN DEL MOVIMIENTO

¿Qué otros bloques solidarios son viables? El vasto edificio del movimiento obrero socialdemócrata de antes de los años 30 está en ruinas, impresionantes testigos de la pasada grandeza, como las ciudades perdidas de civilizaciones desaparecidas. Pero hay una evidente vida en esas ruinas, y muchas de sus mansiones siguen habitadas. A pesar de todo, el movimiento obrero en toda su extensión tiene inmensos recursos a su disposición. Su uso efectivo depende de que se comprendan las prioridades.

A este respecto, las relaciones con los partidos socialdemócratas y laboristas son llevadas por el movimiento sindical de cada país. Las actuales relaciones difieren conside-

rablemente de país a país, dentro de una gama que va desde las tradicionales relaciones de cooperación hasta una abierta hostilidad. Está en discusión si los partidos que dicen representar los intereses de los trabajadores son capaces de desarrollar una alternativa creíble a la Nueva Derecha conservadora en vez de sucumbir ideológica y políticamente ante ella. A nivel internacional, el movimiento sindical no dudaría en dar la bienvenida a cualquier oportunidad de cooperación con la Internacional Socialista en una relación de apoyo mutuo, pero, en términos prácticos, aquellos que lo han intentado no han tenido éxito, por las razones ya expuestas.

Pero las organizaciones del movimiento obrero incluyen también una larga serie de organizaciones sociales y culturales: de mujeres y de jóvenes, asociaciones educativas y escuelas, clubes excursionistas y turísticos, clubes deportivos, agencias de viaje, cooperativas de consumidores, bancos y cooperativas de viviendas. El sentimiento de pertenecer a un movimiento común, de representar una sociedad alternativa y una contracultura, es ahora mucho más débil que incluso después de la última guerra, pero aún queda lo suficiente para ponerlo en marcha. Dos ejemplos me vienen a la mente: las organizaciones obreras de ayuda y las asociaciones obreras educativas. Cada una de ellas tiene su propia federación internacional. Las organizaciones obreras de ayuda fueron creadas originalmente con el objetivo de atender a las víctimas de la guerra de clases, ateniéndose literalmente a ese criterio durante los años 20 y 30. En los años 50 y 60, cuando en el movimiento obrero predomina la idea convencional de que la guerra de clases había terminado, de que los principales objetivos habían sido alcanzados y que el progreso posterior requería una integración tan completa como fuese posible en el orden social existente, las organizaciones obreras de ayuda, como todas las relacionadas con el bienestar, se despolitizaron y centraron su actividad en la ayuda a las

víctimas de desastres naturales: inundaciones, terremotos, hambrunas. En los años 70, en los que aumentan las políticas derivadas de un sentimiento de culpabilidad, se empieza a dar prioridad a los proyectos de desarrollo: perforaciones en el desierto para buscar agua, plantaciones en las dunas.

Hoy, cuando el movimiento obrero lucha arrinconado, hay que hacerse varias preguntas sobre las prioridades: ¿benefician al movimiento obrero en su conjunto las aportaciones que las organizaciones obreras de ayuda realizan frente a los desastres, aunque son una gota dentro de un cubo de agua en comparación a las contribuciones de los gobiernos o de la caridad privada?; si el objetivo era ganar puntos con la burguesía, ¿nos lo agradece alguien?; ¿han provocado nuestras contribuciones un aumento mesurable de nuestra influencia?; ¿han fortalecido al movimiento obrero en EEUU las diversas donaciones realizadas por el movimiento sindical a cajas comunitarias, hospitales y otras causas caritativas? ¿No habría sido muy diferente si ese dinero se hubiese empleado en pagar los salarios de organizadores sindicales, en mejorar la calidad de las publicaciones del movimiento obrero, en apoyar huelgas? ¿Por qué el movimiento obrero no ayuda al movimiento obrero? Nadie va a hacerlo por nosotros. Lo mismo ocurre con la educación de los trabajadores. En los complacientes años 50 era correcto asumir que la educación general de adultos podía ser un objetivo legítimo de una asociación obrera educativa. Hoy, son inmensas las necesidades educativas del movimiento obrero en tanto que movimiento. Toda la cultura política del movimiento obrero tiene que ser transmitida a millones de personas que carecen de ella desde hace varias generaciones. Lo que se está haciendo en círculos sindicales de estudios, escuelas de verano, escuelas de partidos y fundaciones se limita a arañar la superficie. A nivel internacional, la Federación Internacional de Asociaciones para la Educación de los Trabajadores es la única organización del movimien-

to obrero que combina sindicatos, instituciones de partido, archivos y asociaciones obreras educativas. Está excepcionalmente bien situada para convertirse en el laboratorio donde el movimiento obrero desarrolle sus nuevos instrumentos ideológicos, pues esa es su prioridad principal.

No podemos seguir permitiéndonos el lujo de instituciones del movimiento obrero que se limitan a tratar los síntomas en vez de atacar las causas de los males sociales. El tratamiento de los síntomas es tarea del Estado y, evidentemente, ahí se encuentra una de las principales líneas de batalla en nuestra guerra con la Nueva Derecha. Los donantes humanitarios para ayudar a las víctimas de los desastres sociales abundan, pero solamente el movimiento obrero es capaz de actuar sobre las causas de esos desastres y prevenir su repetición. La solidaridad global, geográfica y cualitativa, es el concepto que resume las presentes necesidades del movimiento.

Para terminar, diré que el movimiento obrero internacional debe asumir un papel dirigente en la construcción de nuevas coaliciones internacionales con grupos de acción cívica y social, que han crecido mucho, en número y fuerza, desde los años 70. Hace más de diez años, en un artículo en *The New International Review* (vol. 3, nº 1, 1980), sugerí que la construcción de coaliciones debería ser un elemento esencial en la estrategia internacional del movimiento obrero: «la construcción de amplias coaliciones populares, con el movimiento sindical en su centro, pero aunando muchos grupos cívicos, movimientos específicos y otros colectivos populares que perciban, desde su propia perspectiva, la amenaza social que representa el poder de las sociedades anónimas y cuyas áreas de interés coincidan parcialmente, en diferentes grados, con las del movimiento obrero». Hoy, el abaratamiento de las comunicaciones y de los transportes ha permitido el desarrollo de un nivel superior de acción e información por encima de las fronteras. Más que nunca,

existen las bases para la emergencia de una sociedad civil global en la que el movimiento obrero puede y debe jugar un papel dirigente.

## ¿UNA AGENDA EMERGENTE PARA SINDICATOS OBREROS?

RICHARD HYMAN

«Los sindicatos obreros han tenido siempre dos caras, la de impartir justicia y la de los intereses creados» [Flanders, 1970: 15]. De todos modos, el equilibrio entre ambos aspectos puede llegar a cambiar a lo largo del tiempo. Parece claro que en muchos países los sindicatos se han acabado percibiendo como instituciones conservadoras, interesadas básicamente en defender las ventajas relativas de una minoría de la población activa. Uno de los desafíos a los que se enfrenta el sindicalismo obrero en el siglo XXI es, por lo tanto, reavivar y redefinir el papel de impartir justicia.

Muchos líderes sindicales y activistas en todo el mundo son plenamente conscientes de este desafío, y en multitud de países hay ejemplos de respuestas creativas e imaginativas. La intención de esta disertación es repasar algunos de los desafíos y debatir algunas de las respuestas potenciales. Una tarea importante para nuestro proyecto será evaluar estos desafíos con mayor detalle.

### LA LUCHA DE IDEAS

Es muy común dar importancia a los desafíos materiales que encaran los sindicatos obreros, y con razón. Han ido creciendo las dificultades en el panorama externo de la organización y acción del sindicato, y en la naturaleza de las circunscripciones que los sindicatos intentan movilizar.

Externamente, el panorama político se ha vuelto mucho más cruel. La competencia global se ha intensificado, año-

diendo más presión en los regímenes de las relaciones industriales nacionales. Las economías de mercado industrializado, que han disfrutado durante décadas de un relativo pleno empleo, han experimentado hace ya tiempo una vuelta al desempleo masivo. La pérdida masiva de empleo ha sido uno de los elementos de la «terapia de choque» infligida en las economías de nuevo mercado. Las nuevas economías industrializadas, en muchos casos ahogadas por previas sacudidas externas, se han visto sujetas a las fluctuaciones de los mercados globales.

Así como los gobiernos tratan de resolver los problemas de adaptación al nuevo desorden en la economía mundial, el panorama político en muchos países, particularmente en aquellos en los que los movimientos sindicalistas se establecieron antaño, se ha vuelto muy desfavorable. En algunos casos, esto va unido a la erosión de la postura representativa de los sindicatos como «agentes sociales», en parte como consecuencia de la pérdida de militantes.

El tercer desafío externo proviene de los empresarios. En algunos países ha habido una creciente indisposición a aceptar a los sindicatos obreros como representantes colectivos de los trabajadores. En otros, mientras el comercio colectivo sobrevivía, se ha reducido su campo de acción, y los gobiernos han establecido nuevas formas de comunicación directa con los empleados de manera individual. La moda del trabajo en equipo ha introducido nuevos mecanismos para la toma colectiva de decisiones, muchos de los cuales buscan estar desligados de las estructuras de los sindicatos y de las instituciones estatutarias de la representación del puesto de trabajo. Además, la expansión de las empresas multinacionales ha significado que las empresas líderes desean, y a menudo son capaces de escaparse, de la fuerza reguladora de los sistemas de relaciones industriales nacionales.

Lo que podría llamarse desafío interno se opone a cam-

bios en las circunscripciones que los sindicatos pretenden captar y representar. Tradicionalmente, los sindicatos obreros se formaban, en especial –aunque no exclusivamente– en sociedades altamente industrializadas, a partir de la existencia real pero a menudo exagerada, de una relación «normal» de empleo. Esto suponía un trabajo de jornada completa con un empresario específico y normalmente un nivel de estabilidad a largo plazo. El clásico ejemplo fue el trabajador «en masa» de la minería, la producción y el transporte, con recursos individuales limitados en el mercado laboral externo pero con un potencial significativo para ejercer presión colectiva sobre el empresario. Aunque antiguamente el sindicalismo obrero en muchos países se basó en una aristocracia trabajadora altamente cualificada, los movimientos modernos laboristas basaron su núcleo constituyente, al menos en el sector privado dominante en número, a la hora de formar una política de movimiento laboral entre los que no hallaron una capacidad sustancial para el avance de una carrera individual, pero que no fueron tan vulnerables como para mostrarse incapaces de mantener una cohesión colectiva sostenida.

El trabajador «normal», y de aquí el miembro «normal» y potencial del sindicato obrero, fue así un empleado de jornada completa cuya posición laboral no era meramente casual. Por extensión, el empleado «normal» era una un hombre que se daba por hecho sería el que ganaría el pan para su familia. (Por supuesto había excepciones, sobre todo en las industrias textiles. Sin embargo, la predicción de Marx basada en que el empleo femenino predominante en la confección del algodón sería el prototipo de la «industria moderna» capitalista queda probada y sobradamente desfasada). Esto, en cambio, dio forma a la típica agenda del sindicato obrero: predominantemente interesada por la duración y las condiciones de empleo, y en particular por estos tres aspectos: la consecución del pago de un «salario fami-

liar», la definición y reducción de la semana laboral estándar y el recorte de la capacidad del empresario para contratar y despedir a su antojo.

Mientras que las realidades eran mucho más complejas que este asunto actual, y ciertamente de naturaleza diversa entre países, el modelo de la agenda «normal» tradicional está lejos de ser una caricatura. En muchos países se han llevado a cabo serios esfuerzos, a veces retrocediendo varias décadas, para transformar esta agenda y apelar a una circunscripción más amplia. El conseguir dicha transformación se ha ido convirtiendo en algo urgente.

La razón principal es que el empleo «atípico» se ha ido convirtiendo progresivamente en «típico». El trabajo a tiempo parcial, el empleo a corto plazo y ocasional, agencias de empleo, el autoempleo (tanto verdadero como falso), los proyectos gubernamentales especiales para la creación de trabajo y, como no, el desempleo, todo ello se ha convertido en algo mucho más común; por lo general, en algunos países, todo esto afecta económicamente a la mayoría de la población. Al mismo tiempo, ha habido numerosos cambios estructurales en la distribución sectorial y ocupacional del empleo: el declive de muchas de las industrias tradicionales productoras de materias primas y asociadas y el crecimiento de una gran variedad de empresas de servicios, especialmente en el sector privado; el eclipse de la producción, parcialmente por culpa de las tecnologías de microelectrónica, de muchas profesiones manuales tradicionales y el crecimiento del trabajo «*white collar*» (empleados de cuello blanco, actualmente mayoría en muchos países); el cambio completo del proceso de concentración de empleo con la devaluación en antiguas industrias básicas y la expansión de pequeñas y medianas empresas.

Así pues se ha desarrollado una diversidad de formas de unión con el mercado laboral, y el cambio estructural ha llevado consigo ganadores y perdedores (a pesar de que, en

muchos países, el número de perdedores superó con creces al de los ganadores). En lugar de presumir de la existencia de un trabajador «normal» se hace necesario el hecho de diferenciar. Reich [1991], haciendo hincapié en cualificación y funciones, distingue entre «productores rutinarios», «servidores personales» y «analistas simbólicos». Las dos primeras categorías consisten básicamente en trabajos a menudo precarios, tan sólo algunos de éstos disfrutaban de un campo de acción notable para avanzar. Standing [1997] ha descrito mercados laborales contemporáneos, estratificándolos en siete grupos, a los que llama: la élite, los asalariados, «los diestros» (aquellos sin empleo estable pero bien cualificados en el mercado), trabajadores de núcleo tradicional, «trabajadores flexibles» de baja cualificación que dependen de las oportunidades de trabajo esporádico, los desempleados, y todos aquellos lejos del trabajo permanente (o legal). Cualquier clasificación que se adopte, es evidente que la circunscripción básica y tradicional de los miembros del sindicato obrero ha disminuido, mientras que ha habido una expansión hacia dos extremos: los profesional— o técnicamente cualificados que tienen que sentirse seguros de su capacidad para sobrevivir en el mercado laboral; y aquellos sin tales recursos pero cuya vulnerabilidad provoca una organización colectiva efectiva y una acción difícil de conseguir e incluso quizás de reflexionar.

Estos progresos están claramente en relación con la creciente feminización de la fuerza laboral. A un nivel importante, el empleo «atípico» es el empleo de la mujer [Briskin y McDermott, 1993; Cook *et al.* 1992]. La proporción creciente de mujeres en el mercado laboral niega el modelo tradicional de marido como trabajador asalariado y la mujer como trabajadora doméstica, pero en la mayoría de los países el trabajo doméstico está destinada básica o exclusivamente a la mujer. La disposición de la relación entre el tiempo pasado en casa y en el empleo se convierte, de esta mane-

ra, en un interés distintivo de un sector creciente de la fuerza laboral: la mujer.

Ha habido también un tipo diferente de transformación en la relación entre hogar y trabajo. Existe un estereotipo de la posición del proletariado tradicional que enfatiza una situación normal de trabajo, una comunidad local integrada y homogénea, y un repertorio limitado de actividades culturales y sociales compartidas. Aún exageradamente, este estereotipo identifica un núcleo de realidad histórica, especialmente en el ambiente de clase trabajadora de la industria manual, en la que el «moderno» sindicalismo obrero de masas tiene sus raíces más profundas. Por el contrario, en la sociedad contemporánea la localización espacial y la organización social del trabajo, residencia, consumo y sociabilidad se han diferenciado ampliamente. Hoy en día, el típico empleado puede vivir a una distancia notable de sus colegas de trabajo, posee una vida doméstica muy privatizada o un círculo de amigos desconectado del trabajo, y persigue intereses culturales y de ocio considerablemente diferentes de los del resto de empleados del puesto de trabajo. Esta disyunción entre trabajo y comunidad (o incluso la destrucción de la comunidad en su significado más tradicional) trae consigo la pérdida de muchas de las redes localizadas que fortalecieron los apoyos de los miembros sindicales (y en algunos casos convirtieron el sindicato local en casi un «sindicato totalitario»).

Muchos escritores han contemplado estos cambios estructurales ligados a la caída cultural e ideológica del colectivismo y al crecimiento del individualismo. En su forma más simple, este argumento tiene que ver con una gran simplificación [*oversimplification*], Kelly, 1998]. Sin embargo, el declive del «trabajador en masa» cuya solidaridad institucionalizada se vio reforzada por unas relaciones más amplias en el día a día, significa que la posibilidad y el carácter del colectivismo son hoy muy diferentes cuando

trabajo y día a día se diferencian cada vez más [Zoll, 1993]. Pérez-Díaz [1987, pp. 122-123] ha perfilado las implicaciones con gran claridad. Tradicionalmente, nos argumenta, las orientaciones colectivas de los trabajadores estaban definidas externamente: o bien «adquirían un carácter de clase o hábito» porque estaban inmersos en un ambiente social donde tales valores no se cuestionaban; o bien se inspiraban en la ejecución de un ideal de «un nuevo mundo o un futuro diferente». En contraste, hoy en día se han desplazado las identidades tradicionales y los ideales transformadores han perdido su garra; los trabajadores adoptan «una actitud racional, instrumental o experimental hacia los sindicatos (o partidos)». Para ganar su apoyo, los sindicatos tienen que superar una prueba directa y pragmática.

Esta orientación más calculadora, que crea ciertamente posibilidades de un individualismo mucho más grande, hace factible los nuevos esfuerzos directivos para capturar la lealtad de los trabajadores, desplaza la identificación con el sindicalismo obrero, y puede reforzarse sucesivamente con tales esfuerzos. También refleja el grado al que los sindicatos han experimentado «una seria crisis moral e intelectual y sus reservas de indignación moral parecen haberse agotado» [Pérez-Díaz 1987: 114-5].

De ahí que los problemas evidentes de material frente a los sindicatos obreros no puedan separarse de los problemas de ideología menos tangibles. Para resistir a las fuerzas hostiles alineadas ante ellos, los sindicatos deben movilizar los recursos contrarrestados; pero tales recursos consisten en la habilidad de atraer afiliados, de inspirar a miembros y simpatizantes a sumarse a la acción y hacerse con el apoyo, (o como mínimo la neutralidad), del público más amplio. La pugna por la organización del sindicato obrero es así una pugna por los corazones y las mentes de la gente; en otras palabras, una lucha de ideas.

En el resto de esta disertación consideraré alguna de las

ideas que pueden contribuir a esta lucha. La representación de los intereses de los trabajadores, y su definición, la cual es necesariamente un proceso previo, nunca ha sido sincera. El construir una solidaridad colectiva es, en parte, una cuestión de sindicalismo obrero organizador, pero fundamentalmente es una parte de esta lucha de ideas. La crisis del sindicalismo obrero tradicional se refleja no sólo en los indicadores más obvios de la pérdida de fuerza y eficacia, sino también en el agotamiento de un discurso y un fracaso a responder a los nuevos cambios ideológicos. Son aquellos cuyos proyectos son hostiles a los sindicatos que representan, los que han marcado la agenda de las décadas pasadas. Los sindicatos tienen que recuperar la iniciativa ideológica.

Como punto de partida, las perspectivas del mercado laboral del «trabajador en masa» con un modelo estándar de empleo a tiempo completo, la seguridad del trabajo fijo específico y el limitado campo de acción para el avance ocupacional no pueden seguir dictando el contenido central de la política de convenio. Para construir los programas de los sindicatos obreros con los que se pueden identificar vertical y horizontalmente grupos diferenciados, se requiere una redefinición sensible de los intereses representados. Si por un lado, los sindicatos deben estar alerta y mostrarse receptivos a expectativas y aspiraciones, posiblemente alteradas, por parte de los miembros actuales y potenciales, por otro lado debe ser una prioridad construir una agenda que sea capaz de unir y no dividir. Para lograrlo, los sindicatos deben examinar los conceptos que han inspirado la ofensiva de los empresarios y el derecho político e intentar reclamar éstos para diferentes propósitos.

Consideraré unos cuantos ejemplos.

## FLEXIBILIDAD

La flexibilidad emergió, de manera notable, como un clamor fuerte y directo contra las formas de regulación social, por ley o por acuerdo colectivo, que han moderado las acciones arbitrarias y desiguales del mercado laboral. Las tendencias ideológicas del término son obvias: presentar como «rígidas» aquellas protecciones del mercado laboral que los neoliberales desean debilitar y restringir, convirtiendo a los trabajadores en más disponibles y adaptables a las exigencias de cambio del empresario. A esta «flexibilidad negativa» [TUAC 1995: 5] se han opuesto naturalmente la mayoría de sindicatos obreros.

Sin embargo, la flexibilidad puede tener significados diferentes. El objetivo de la «humanización del trabajo» de los años 70 fue en esencia una llamada a la flexibilidad para los intereses de los trabajadores de la aplicación humana de tecnologías, la adaptación de ciclos de tarea y velocidad de trabajo para ajustar los ritmos de los propios trabajadores, la introducción de nuevos tipos de autonomía individual y colectiva en el control del proceso laboral. Esta agenda ha sido en gran medida robada como parte de un nuevo directivismo de los años 80 y 90 (con su falsa retórica de «concesión de poder» y «desarrollo de recursos humanos»).

¿Pueden los sindicatos recuperar la iniciativa? Una rígida y firme división de la estandarización laboral de las tareas fueron imposiciones de un modelo particular de organización capitalista del trabajo, una forma de subordinación que incluye una degradación de la condición para muchos trabajadores. Y sabiendo por extensión que algunos de los rasgos de los sistemas de Taylor y Ford han perdido atractivo para muchos empresarios, existe espacio para los sindicatos a la hora de movilizar apoyo para alternativas radicales que trascienden algunas de las divisiones de la fuerza laboral. Por ejemplo, un rumbo muy extendido en la pro-

ducción de épocas pasadas ha sido la introducción del trabajo en equipo, donde miembros del equipo realizan una variedad de tareas y ejercen un grado de discreción sobre las decisiones de funcionamiento. En muchos países, los sindicatos contemplaron tales iniciativas con considerable desconfianza. Se entiende, desde que el trabajo en equipo fue un elemento hacia el estilo japonés de «producción ajustada» y de ahí una receta para el recorte de trabajo y «la dirección bajo estrés» [Parker y Slaughter 1988]. En cualquier caso, una resistencia simple resultó a menudo ineficaz, a partir de que a los propios miembros de los sindicatos se les atrajo frecuentemente con la retórica de la autonomía y el aumento de empleo. Más viable a largo plazo han resultado estrategias de «compromiso crítico» en el que los sindicatos han respondido movilizando apoyo para sus propias demandas en el proceso del cambio negociador. Por ejemplo, un estudio comparativo de la reestructuración del trabajo en la industria del motor [Kochan *et al.* 1997] muestra claramente que los sindicatos en algunos países han sido capaces de ejercer una influencia significativa en el cambio de procesos a toda costa.

Otro aspecto clave en el mundo contemporáneo del trabajo es la flexibilidad de horarios. De nuevo, esto ha supuesto convertir a menudo a los trabajadores en más disponibles para ajustarse a las exigencias de cambio de los empresarios. Por una parte esto puede significar la prolongación del horario de trabajo hacia horas y días «asociales»: trabajo de tarde-noche, trabajo los fines de semana; por otra, el pago de sólo las horas en las que el empleado puede realmente realizar su trabajo [Alaluf *et al.* 1995]. Esto último puede ocasionar, por ejemplo, el uso de turnos partidos o incluso, sobre todo en la Gran Bretaña, contratos de «cero horas», donde el empleado debe estar disponible a todas horas pero tan sólo se le paga si se le llama a trabajar.

Hay sin embargo un sentido orientado al trabajador de

tiempo flexible de trabajo que se enfrenta directamente al de los empresarios, y que ofrece potencial para pasar de la defensiva a la ofensiva e integrar muchos tipos diferentes de intereses del empleado [Mückenberger 1995]. Esto se ajusta a la idea de la soberanía del tiempo: la capacidad de influir en las pautas de un día laboral, semana, año y toda una vida para optimizar los vínculos temporales entre empleo, ocio, desarrollo de la carrera profesional y la vida doméstica. «Las concepciones tradicionales y rígidas del tiempo de trabajo no se ajustan a la diversidad de intereses del empleado» [Lapeyre y Hoffmann 1995: 8-9]. Más destacable aún, las mujeres trabajadoras (a menos que, o hasta que no haya una redistribución de las responsabilidades domésticas) tienen un particular interés en asegurar que hay una verdadera flexibilidad de elección entre el empleo a tiempo total o parcial, y que la posición contractual y el potencial de su carrera, asociado con lo último, no sean inferiores a los de los trabajos a tiempo total [Cunnison y Stageman 1995: 202].

De manera más general, la apertura de nuevas áreas de elección en la organización del tiempo de trabajo individual podría ser vista como un importante principio de los sindicatos obreros [Matthies *et al.* 1994]. La función del «horario flexible», concebido originariamente para contentar a las exigencias directivas, proporciona ciertamente un campo de acción para una «personalización» del día laboral [Leccese, 1997: 169], atractivo para muchos trabajadores. De igual manera, el desarrollo de los sistemas de «horas anuales» ha reflejado el interés de los trabajadores por la flexibilidad, pero se puede adaptar también para satisfacer las propias elecciones de los trabajadores. Pero la negociación del tiempo de trabajo individual otorgará al empresario una posición beligerante, y de ahí se crearán nuevas posibilidades para las relaciones de explotación, siempre que no se lleven a cabo dentro de un sistema colectivo regulado. Cualquier movimiento hacia una mayor flexibilidad creará así tanto la nece-

sidad como el potencial para nuevas formas de regulación del sindicato obrero [Raasch 1995].

Debido a que los sindicatos se han ido involucrando en la negociación del horario flexible, ha habido también un considerable compromiso en acuerdos de jubilaciones por fases. De nuevo, tales propuestas han sido iniciadas por los empresarios como forma de redundancia parcial. Sin embargo, una transición más flexible que abrupta del empleo «normal» a la jubilación satisface los propios deseos de muchos trabajadores. De manera mucho más general, los sindicatos podrían apelar a muchos trabajadores a presionar por la mayor elección tanto de cantidad como de distribución del tiempo laboral para unir circunstancias individuales y preferencias, y establecer las reglas básicas para asegurar que dicha flexibilidad no se volverá en contra de los empleados.

## SEGURIDAD

El rasgo más característico de las tendencias del mercado laboral en las dos últimas décadas ha sido un crecimiento masivo de la inseguridad. Datos estadísticos de una serie de países muestran que el miedo a la pérdida de trabajo —a través del despido colectivo o de la victimización por parte del empresario— es el interés abrumador de los empleados de hoy en día con relación al trabajo. Parte de la función del sindicalismo obrero es resistir a tal inseguridad; pero hasta el punto que dicha resistencia es específica de la empresa o el sector, sus consecuencias pueden ser divisorias. La lucha por la seguridad al nivel de empresa, si sale bien, estabilizando la posición de «*insiders*» (los que tienen empleo) puede convertir en aún más precaria la situación del mercado laboral de los «*outsiders*» (los desempleados). Allí donde los empleados públicos pugnan por retener protecciones que en el sector privado desaparecieron hace ya una década, sus

sindicatos se verán como defensores del privilegio del sector. (Tiene que haber sido solamente por circunstancias políticas muy específicas por lo que el sector público reivindicó con una huelga en Francia en 1995, y en 1996 logró un considerable apoyo popular).

Sin embargo, seguramente es esencial reconducir la actual conciencia de los trabajadores sobre la extrema inseguridad del trabajo, para que los sindicatos obreros desarrollen programas que ofrezcan la esperanza de la oportunidad real de empleo, aún haciéndolo de una manera no divisoria. Al confeccionar una agenda que aúna los intereses de los precarios, los desempleados y los relativamente seguros, de nuevo es difícil buscar una aplicación distintiva de la retórica actual que se usa a menudo falsamente. Un concepto que ha ido haciéndose popular entre expertos en política es «la capacidad de empleo». El argumento es que a título individual no se puede anticipar el empleo continuo dentro de una organización sencilla, pero se puede evitar la vulnerabilidad del mercado laboral mediante competencias de valor adquirido, incluyendo la adaptabilidad en sí misma. Ésta es la base a la que la Comisión Europea [1997] contrapone un «equilibrio» entre flexibilidad y seguridad: un equilibrio al que en el debate del mercado laboral holandés ha aportado el nombre de «flexiguridad» [Wilthagen 1998].

Normalmente, esta retórica no es más que un medio de individualizar el problema del desempleo y las oportunidades deficientes de trabajo y convertir al desempleado en cabeza de turco por su propia marginación. Según Lowe [1998: 248)] «el concepto de formación continua», está cambiando la responsabilidad del desarrollo de los recursos humanos hacia lo individual».

Una política de mercado laboral, puramente del lado de la oferta, dirigida a una capacidad creciente de empleo individual es probable que acabe resultando desde el principio en una cohorte de desempleados más cualificada. Una relación

frustrante entre las altas cualificaciones y las limitadas de los trabajos disponibles (especialmente en el sector de servicio expansivo); y quizás, también en un cambio demográfico en la estructura de empleo y desempleo. En cualquier caso, el concepto de la capacidad de empleo es en principio uno que puede convertirse en central dentro de la política del sindicato obrero. Esto implicaría la coordinación y la integración de las exigencias que los sindicatos muy a menudo han hecho suyas. En primer lugar, para autorizaciones realzadas, a título individual, de la educación y formación, y además para oportunidades flexibles, el sacar provecho de éstas a lo largo de la vida laboral. En segundo lugar, para una previsión más eficaz (orientada al trabajo) por los empresarios, la educación y las instituciones de formación. En tercer lugar, para las políticas del lado de la demanda, fomentar el crecimiento del empleo y, no menos importante, proporcionar oportunidades de empleo adecuadas para trabajadores altamente cualificados. Tal como argumenta Lowe [1998: 249], «la calidad del trabajo podría ser una base para una acción colectiva, especialmente entre los jóvenes trabajadores de buena educación, cuyas expectativas son aún altas».

Hay un campo de acción significativo para la acción al nivel de empresa y de sector, para influir el proceso de la reestructuración del trabajo y la innovación tecnológica en la dirección de cualificar, que no calificar. El estudio comparativo de la transformación del trabajo en telecomunicaciones editados por Katz [1997], por ejemplo, muestra que las estrategias de contraste adoptadas por los sindicatos en diferentes países han sido un factor significativo al explicar las muy diferentes maneras en las que los trabajos se han configurado. Algunos de los temas tratados requieren intervención económica importante para unir la oferta y la demanda de habilidades incluyendo, quizás, acciones para asegurarse que la inversión interna extranjera no adopte meramente la forma de trabajos disponibles y de baja cuali-

ficación, sino que valore el campo de acción para políticas de «creación de empleo».

Parte de la dificultad está en que estas exigencias competen a interlocutores diferentes e involucran diferentes niveles de iniciativa, y de ahí puede fallar por falta de coordinación. Tomando un ejemplo en concreto: las propuestas imaginativas e innovadoras desarrolladas por el IG Metall hace una década [Tarifreform 2000] se vieron superadas por los problemas macroeconómicos afectando el mercado laboral alemán después de la unificación. A la inversa, una de las dificultades para cualquier «acuerdo para el empleo» –ahora otra vez un tema central al unísono con el cambio de gobierno en Alemania– es cómo traducir un acuerdo central sobre la acción al nivel de empresas individuales [Streeck, 1998: 537]. Los propios sindicatos podrían convertirse en personajes centrales a la hora de construir vínculos entre estos diferentes niveles de toma de decisiones, de manera que los ciudadanos estén capacitados para «definir conjuntamente oferta y demanda» dentro del mercado laboral [Lipietz, 1996: 271].

## OPORTUNIDAD

Todo esto conecta con un tercer tema: la oportunidad. De nuevo, éste es un concepto apropiado por derecho pero debería ser reclamado por el movimiento laboral. Durante la mayor parte del siglo xx, la fuerza laboral que sentó la base para el sindicalismo obrero, logró su categoría de empleo a través de la torpe coacción de la situación económica. Un avance en la profesión y la movilidad ocupacional autodirigida son aspiraciones notables crecientes para las circunscripciones actuales y potenciales. Según Waddington y Whiston [1996: 163] apuntan en su estudio de las actitudes de los empleados de cuello blanco, «los nuevos miembros del sindicato... miran hacia los sindicatos para negociar un

sistema justo y equitativo dentro de los aspectos individualizados de la relación de empleo, a menudo relacionados con la profesión, que puedan llevarse a cabo».

El debilitamiento de los vínculos entre la ocupación existente y el empresario es, en cualquier caso, emancipador solamente hasta el punto de que las alternativas reales y preferibles queden abiertas. Así como con los temas de flexibilidad y capacidad de empleo, también de manera general: es evidente que mientras la elección entre las opciones alternativas sea un proyecto individual, su realidad es engañosa e incluso amenazadora siempre que no exista una estructura de oportunidades verdadera y favorable.

Esto crea aperturas importantes para los sindicatos que nos llevan a lo que Leisink [1996] llama «intereses ocupacionales». Para fortalecer la estructura de oportunidad se hace necesario un proyecto colectivo, que supone un desafío tanto a la discreción de los empresarios como a la anarquía de las fuerzas de mercado. En muchos casos, una redefinición de la función tradicional del sindicalismo obrero, ésta es la otra dimensión importante de la agenda de un sindicato que puede apelar a las diversas circunscripciones para seguir una moda solidaria [Kochan y Wever 1991: 373].

En esencia, pues, el desafío para los sindicatos obreros es hacerse con el argumento de que la elección individual es liberadora sólo cuando las opciones disponibles son las que los trabajadores desean escoger. Antiguamente, muchos sindicatos han favorecido la regulación inflexible sin el temor de que esto suponga el único salvoconducto contra la manipulación y la explotación ejercida por los empresarios. Actualmente, esta protección se debe garantizar desde un principio con reglas de procedimiento que aumenten la discreción individual, y con políticas activas de mercado laboral que conlleven un sistema ventajoso para las decisiones profesionales. En ambos aspectos, los sindicatos juegan un papel de vital importancia.

## DEMOCRACIA

Los cambios en la organización de la producción y la relación de empleo (tales como el trabajo en equipo, círculos de calidad, pago según rendimiento, contratos personalizados) se acompañan a menudo de una ofensiva propaganda directiva, en la que la concesión de poder, («*empowerment*») es un proyecto retórico central. Dicho discurso engañoso conlleva típicamente un tinte «democrático» para los esfuerzos de los empresarios de intensificar las presiones de producción, recortar la plantilla y socavar las formas tradicionales de regulación colectiva.

El nuevo «puesto de trabajo» es aquél en que los empleados han incrementado a menudo las responsabilidades, pero reducido el poder y los recursos. Puesto que los costes laborales se han reducido a través de la imposición de la «producción ajustada», se presiona al mismo tiempo a los empleados para adquirir un creciente interés por la «calidad» y «la atención al cliente». Los efectos pueden ser del todo alienantes. Sin embargo, el argumento ideológico de que el trabajo más estresante es más provechoso y que la intensificada presión externa signifique mayor autonomía, apenas se ha mostrado eficaz. La gran mentira parece funcionar. Tal como Dejours insiste [1998], se ha juzgado al demonio de manera banal y lo intolerable se torna tolerable. La consecuencia paradójica, sugiere Coutrot [1998] es una forma de «cooperación forzada» en la cual los empleados adoptan sus nuevos y definidos roles por falta de una alternativa visible. No obstante, esta aceptación es tan sólo parcial: por ejemplo, los estudios anuales de *British Social Attitudes* revelan que una proporción grande y creciente de trabajadores (rondando los dos tercios) cree que la dirección «intenta sacar lo mejor de los empleados» y que «el gran negocio beneficia a los propietarios a costa de los trabajadores». Los estudios detallados del caso llevado a cabo por Scott [1994] revelan un panorama similar.

En su informe más reciente acerca del mundo laboral, la OIT [1997: 27] se refería a la «función democrática» realizada por los sindicatos obreros. Esto debe entenderse en un doble sentido: desde la virtud de su capacidad por la representación colectiva, los sindicatos pueden dotar a los empleados de «una voz» dentro de su puesto de trabajo y limitar la acción directiva unilateral y arbitraria; pero, además, los sindicatos pueden desafiar a las estructuras autoritarias y jerárquicas de las actuales organizaciones de empleo y pueden presionar para la ampliación de los derechos de los ciudadanos en el empleo. En muchas de las economías desarrolladas, tales exigencias ganan terreno en la época de la estabilidad y el crecimiento. En un periodo de estancamiento y recesión, el énfasis se ha puesto en temas materiales más inmediatos. En las economías desarrolladas con un excedente laboral sustancial, las cuestiones de democracia industrial a menudo se han contemplado como un lujo [Ramaswamy 1988: 239].

Sin embargo, la función democrática de los sindicatos obreros podría hablar de agravios e intereses reales de una manera en la que debilitara la legitimidad y la autoridad. Es incuestionable que hay un considerable campo de acción para ejercer esta función mediante el desafío al abuso general y actual de los conceptos de democracia en el trabajo, la exposición del carácter antidemocrático que en mucho excede «la dirección de recursos humanos». Al concentrar sus propias exigencias y actividades en la contradicción entre la retórica de la directiva y la realidad cotidiana en el puesto de trabajo, los sindicatos tienen el potencial de dirigir los descontentos actuales de sus trabajadores de diversas formas que generalizan las experiencias fragmentadas y permiten nuevas formas de solidaridad en el propósito de verdadera «concesión de poder» (*empowerment*).

Es innecesario decir que la capacidad de los sindicatos para montar una campaña creíble para una mayor democra-

cia en el empleo se verá debilitada a menos que puedan demostrar sus propias credenciales democráticas. Esto plantea desafíos evidentes a los sindicatos para examinar y, si fuera necesario, reconstruir su propia capacidad representativa y sus procesos internos de creación de una agenda y la toma de decisiones.

## COMUNIDAD

La relación tradicional y «normal» de empleo comprende una aguda dicotomía entre la vida en el trabajo y fuera de él. Allí donde los sindicatos obreros se establecieron hace tiempo y el convenio colectivo se desarrolló con más fuerza, el sindicalismo en sí tendió a reflejar y reforzar esa dicotomía. De todas maneras, este caso no se ha universalizado; los sindicatos en algunos países, en especial allí donde el trabajo asalariado capitalista no ha seguido siendo la base dominante de la producción, han adoptado unos intereses más amplios sobre la comunidad.

Los sindicatos más establecidos podrían aprender mucho de la experiencia de los nuevos movimientos sindicales. Una razón es la erosión de la relación «normal» de empleo. Otra llega hasta el punto de que «comunidad» se ha convertido en un proyecto ideológico en el argumento político actual.

Los argumentos sobre la idea de «comunidad» tienen dos aspectos. Uno es negativo: la legitimación de la retirada de los elementos del estado del bienestar, la intervención y la regulación del bienestar social y la política de mercado laboral. El «comunitarismo» puede de esta forma proporcionar una coartada para la no-regulación. Otro hilo argumental es más positivo: la tesis de que las organizaciones de la «sociedad civil» pueden movilizar presión y, quizás, generar recursos que puedan contrarrestar el impacto destructivo de

la competencia global y las corporaciones globales. Los sindicatos tienen obviamente un gran interés en comprometerse en este debate e influenciar las concepciones de comunidad en concordancia con sus propios objetivos.

Los vínculos entre trabajo y comunidad se pueden considerar en dos dimensiones. La primera, al igual que los productores, los trabajadores son también consumidores y ciudadanos; los sindicatos que pueden relacionarse con miembros (potenciales) en todo este tipo de papeles podrán construir una relación más consistente que si se concentran tan sólo en temas relacionados con el empleo. La segunda, los trabajadores producen bienes y servicios para diversos grupos de consumidores y clientes. Los empresarios (y otros creadores de opinión), a menudo contraponen los intereses entre unos y otros. Los sindicatos están en una mejor situación para representar a los intereses de sus miembros si pueden formar alianzas con aquéllos en la última recepción de su actividad productiva. Éste es el caso en particular del sector público: Johnston [1994: 9-10] investiga cómo los sindicatos del sector público en Estados Unidos –que han proporcionado la fuerza para la renovación sindical de los años 90– tienen que adoptar una lógica de «interés público» y establecer coaliciones con las ONG y los representantes de los grupos de usuarios. A la inversa, en el caso de trabajadores con una posición vulnerable en el mercado laboral del sector privado de servicios, la organización efectiva puede llegar tan sólo mediante la búsqueda de tales alianzas. Construyendo la base para regular un mercado laboral (local) con ayuda de los grupos de comunidad que comparten un interés en el aumento de salarios y de estándares laborales» [Wever, 1997: 465]. En el caso de dichas iniciativas, concluye Lipsig-Mummé [1998: 20] «su anclaje dual. En la comunidad y en el sindicato– les permite el potencial para la creatividad».

A menudo se argumenta que el incremento del número

de mujeres en los sindicatos obreros ha conducido por sí solo a una ampliación de la agenda sindical. « Ya que sus vidas se han basado en la comunidad así como en el trabajo remunerado, cuidan de otros así como trabajan por cuenta propia, la agenda de su sindicato obrero ha sido siempre mucho más amplia [...] los nuevos temas han sido llevados a la agenda desde los movimientos, tales como la salud y la calidad de vida de la comunidad, el cuidado a los niños y las responsabilidades de una sociedad multicultural» [Cunnison y Stageman 1995: 242]. Pero la construcción de un «sindicalismo social» [COSATU, 1997; Waterman, 1998] no es simplemente un tema de sexo. Todos los trabajadores muestran interés por la calidad de vida en el ambiente social más amplio en el que viven, y los sindicatos que «pueden mediar entre la estructura social y económica» [Piore 1994: 537], pueden incrementar su atractivo y legitimidad. Un ejemplo es la campaña *tempi della città* en Módena a mediados de los 90, cuando los sindicatos locales se unieron a grupos de la comunidad, organizaciones comerciales y a las autoridades locales para acordar cambios en los horarios de los medios de transporte y facilidades para la comunidad y unir los variados requisitos de los trabajadores-ciudadanos. De manera mucho más general, el énfasis actual en los «estilos de vida» –que algunos críticos perciben como una fuente de individualismo– proporciona «una alternativa de punto de vista para las identidades basadas en el trabajo», que por un lado amenaza a los sindicatos pero, por otro, ofrece oportunidades para una nueva base de selección y representación [Piore 1991: 403-4].

El hecho de establecer un «sindicalismo social» tiene implicaciones para las estructuras organizativas de los sindicatos. En muchos países, la primera unidad afectada ha sido la empresa o el puesto de trabajo. En verdad, en Japón y en muchos otros países asiáticos, los sindicatos como tal son muy parecidos a las empresas. Dicha estructura tiene una

obvia lógica de convenio colectivo, pero puede reforzar las divisiones entre los «*insiders*» y los «*outsiders*». Además, incluso en términos de objetivos tradicionales «sindicato de comercio», una estructura basada en la empresa no puede seguir siendo eficaz como en el pasado. Muchos puestos de trabajo ya no son unidades sociales: la «producción ajustada» ha reducido el campo de acción para la socialización del trabajo, la diversificación de los esquemas de trabajo supone cada vez más que sólo una fracción del puesto de trabajo esté presente en uno u otro momento, la subcontratación lleva consigo que los trabajadores en un sólo lugar puedan ser empleados en diferentes empresas, y que los individuos a menudo vivan a una distancia considerable de su trabajo.

Esto crea la necesidad de mecanismos de organización alternativos. Por ejemplo, Richter *et al.* [1996] relata la experiencia de una de las regiones del sindicato del metal alemán a la hora de construir una actividad alrededor de las localidades donde los afiliados, y potenciales afiliados, viven, y no allí donde trabajan. Esto supuso también la base para vínculos de creación entre empleados y desempleados, y también entre trabajadores activos y retirados. (Debería considerarse que mientras los sindicatos en algunos países –sobre todo en Italia– retienen una cantidad sustancial de pensionistas como miembros, es difícil integrarlos en la vida del sindicato donde predominan estructuras basadas en el puesto de trabajo). Para el llamamiento a trabajadores jóvenes –en muchos países con una seria o baja representación en los afiliados al sindicato– los sindicatos tendrán que desarrollar casi con certeza estructuras alternativas con base local. Apartarse de las formalidades burocráticas de las reuniones tradicionales y dirigirse hacia tipos alternativos y más participativos de actividad colectiva, es también una parte necesaria de la innovación de organización si los sindicatos quieren apelar a una base de afiliados más diversa, con bagajes culturales muy diferentes de aquellos del sindi-

calismo obrero tradicional. Se debe tener en cuenta aquí el éxito de la británica TUC en el desarrollo de campañas anti-racistas en un estilo totalmente diferente de su intento tradicional de organización.

## CONCLUSIONES

La lógica de todos estos temas es la movilización de valores y lenguaje de apoyo a los objetivos del sindicato. Para sobrevivir y prosperar, los sindicatos tienen que reafirmar los derechos del trabajo, de manera que éstos permitan la recuperación de la ventaja en la lucha de ideas. «La fuerza de la organización sin ideología es como la forma sin contenido», dijo el gran estratega del sindicalismo obrero sueco Rudolf Meidner [citado en la Evatt Foundation, 1995]. Cuando tantos movimientos sindicales padecen debilidad de organización, una ideología motivadora se convierte en lo más esencial.

En todo el mundo, los sindicalistas obreros y los analistas de apoyo del sindicalismo han desarrollado argumentos similares: «que las dificultades de material que enfrentan a los sindicatos se componen de «una pérdida de justificación ideológica» [Piore 1994: 514]. La tarea es demostrar que, al igual que influenciar la economía material, su misión es establecer también una «economía moral» [Swenson 1989]. En palabras del secretario general de la CES, «lo que necesitamos son utopías creativas que pongan nuevos desarrollos en funcionamiento» [Gabaglio 1995: 111]. «Los sindicatos necesitan reformular sus objetivos para asegurar que sus actividades están más identificadas con valores como libertad y justicia, ambas fundamentales y con gran sustento», concluía la «*union-linked*» Evatt Foundation en Australia [1995: 128]. El desafío más importante para el sindicalismo obrero de Suráfrica, concluye COSATU [1997: 43], es ofre-

cer «liderazgo moral». Para que los sindicatos americanos recuperen su influencia, insiste Rogers [1995: 368], deben ganar aceptación como «poseedores de un interés general».

«Solidaridad para siempre» es uno de los lemas fundamentales de los sindicatos obreros. La solidaridad tiene un doble significado: apoyo de los miembros del sindicato para las luchas «de cada uno», pero también apoyo del poderoso al débil dentro de una sociedad (o, en verdad, entre naciones). Los sustentos morales más amplios de la acción colectiva se han erosionado en muchos países. Si la solidaridad tiene que sobrevivir, debe ser reinventada. La diversidad de trabajo y las situaciones del mercado laboral en el mundo actual significan que una agenda tradicional y estándar no puede prácticamente ser eficaz ni destacable ideológicamente. La tarea es dejar el viejo modelo de solidaridad mecánica para ir a un nuevo modelo de solidaridad orgánica —o como dice Heckscher [1988: 177], «un tipo de sindicalismo que reemplace la conformidad de organización con diversidad coordinada».

Cualquier proyecto con la intención de crear tal modelo debe reconocer y respetar las diferencias de circunstancias e intereses: dentro de las circunscripciones de sindicatos obreros individuales, entre sindicatos dentro de movimientos laborales nacionales, entre trabajadores de diferentes países. El ordenamiento y la integración de intereses diversos es una tarea compleja y difícil que requiere procesos continuos de negociación; la solidaridad real no puede ser impuesta por mandato administrativo, tampoco por mayoría de votos. Su consecución es posible hasta el punto de que los sindicatos redescubran la convicción, y persuadan a sus propios afiliados y a los miembros de la sociedad civil en general, de que tienen la misión de «impartir justicia».

## BIBLIOGRAFÍA

- Alaluf, M.; Boulin, J.-Y.; Plasman, R. 1995. «Dauer und Organisation der Arbeitszeit im Spannungsfeld zwischen Kollektivvereinbarungen und individueller Wahlfreiheit», en Hoffman, R. and Lapeyre, J. (eds.): *Arbeitszeit–Lebenszeit*. Münster: Westfälisches Dampfboot.
- Briskin, L.; McDermott, P. (eds.) 1993. *Women challenging unions*. Toronto, University of Toronto Press.
- Cook, A. H.; Lorwin, V. R.; Kaplan Daniels, A. 1992. *The most difficult revolution: Women and trade unions*. Ithaca, Cornell University Press.
- COSATU. 1997. *September Commission Report*. Johannesburgo, COSATU.
- Coutrot, T. 1998. *L'entreprise néo-libérale: nouvelle utopie capitaliste?* París, La Découverte.
- Cunnison, S.; Stageman, J. 1995. *Feminizing the unions*. Aldershot, Avebury.
- Dejours, C. 1998. *Souffrance en France*. París, Seuil.
- European Commission. 1997. *Partnership for a new organization of work*. Luxembourg, OOEPC.
- Evatt Foundation. 1995. *Unions 2001*. Sidney, Evatt Foundation.
- Flanders, A. 1970. *Management and unions*. Londres, Faber.
- Gabaglio, E. 1995. «Perspektiven einer europäischen Arbeitszeitpolitik», in Hoffman, R.; Lapeyre, J. (eds.): *Arbeitszeit–Lebenszeit*. Münster: Westfälisches Dampfboot.
- Heckscher, C. C. 1988. *The New Unionism*. Nueva York, Basic Books.
- ILO [OIT]. 1997. *World Labour Report 1997-98*. Ginebra, OIT.
- Johnston, P. (1994) *Success while others fail*. Ithaca: ILR Press.
- Katz, H. 1997. *Telecommunications*. Ithaca, ILR Press.
- Kelly, J. 1998. *Rethinking industrial relations*. Londres, Routledge.
- Kochan, T. A.; Landsbury, R. D.; MacDuffie, J. P. (eds.) 1997. *After lean production*. Ithaca, ILR Press.

- Kochan, T. A.; Wever, K. R. 1991. «American unions and the future of worker representation», in Strauss, G.; Gallagher, D.G.; Fiorito, J. (eds.): *The state of the unions*. Madison, IIRA.
- Lapeyre, J.; Hoffman, R. 1995. «Einleitung», in Hoffman, R.; Lapeyre, J. (eds.): *Arbeitszeit – Lebenszeit*. Münster, Westfälisches Dampfboot.
- Leccese, V. 1997. «L'orario di lavoro», in Bellardi, L.; Bordogna, L. (eds.): *Relazioni industriali e contrattazione aziendale*. Milán, Franco Angeli.
- Leisink, P. 1996. «The wavering innovation of trade union policy», in Leisink, P.; Van Leemput, J.; Vilroxx, J. (eds.): *The Challenges to Trade unions in Europe*. Cheltenham, Edward Elgar.
- Lipietz, A. 1996. *La société en sablier*. Paris, La Découverte.
- Lipsig-Mummé, C. 1998. *The language of organising: Trade union strategy in international perspective*. York University, Centre for Research on Work and Society.
- Lowe, G. 1998. «The future of work: Implications for unions», in *Relations industrielles*, 53.
- Matthies, H.; Mückenberger, U.; Offe, C.; Peter, E.; Raasch, S. 1994. *Arbeit 2000*. Reinbek, Rowohlt.
- Mückenberger, U. 1995. «Arbeitszeit im Kontext einer modernisierten Gewerkschaftspolitik», in Hoffman, R.; Lapeyre, J. (eds.): *Arbeitszeit – Lebenszeit*. Münster, Westfälisches Dampfboot.
- Parker, M. and Slaughter, J. (1988) *Choosing sides: Unions and the team concept*. Boston: South End Press.
- Pérez-Díaz, V. 1987. «Unions' uncertainties and ambivalences», in *International Journal of Political Economy*, Fall.
- Piore, M. J. 1991. «The future of unions», in Strauss, G.; Gallagher, D.G.; Fiorito, J. (eds.): *The State of the Unions*. Madison, IIRA.
- Piore, M. J. 1994. «Unions: A reorientation to survive», in Kerr, C.; Staudohar, P.D. (eds.): *Labour economics and industrial relations*. Cambridge, Harvard UP.

- Raasch, S. 1995. «Optionale Arbeitszeiten statt Normalarbeitszeit», in Hoffman, R.; Lapeyre, J. (eds.): *Arbeitszeit – Lebenszeit*. Münster, Westfälisches Dampfboot.
- Ramaswamy, E. A. 1988. *Worker consciousness and trade union response*. Delhi, Oxford University Press.
- Reich, R. B. 1991. *The work of nations*. Nueva York, Knopf.
- Richter, G.; Wittenberg, H.; Hielscher, V. 1996. *Gewerkschaftsarbeit im Wohnbereich*. Münster, Westfälisches Dampfboot.
- Rogers, J. 1995. «A strategy for labour», in *Industrial Relations*, 34.
- Scott, A. 1994. *Willing slaves? British workers under human resource management*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Standing, G. 1997. «Globalization, labour flexibility and insecurity», in *European Journal of Industrial Relations*, 3.
- Streeck, W. 1998. «Bündnis für Arbeit: Bedingungen und Ziele», in *Gewerkschaftsmonatshefte*, 8/98.
- Swenson, P. 1989. *Fair shares*. Ithaca, Cornell University Press.
- TUAC. 1995. *Adaptability versus flexibility*. París, TUAC.
- Waddington, J.; Whitston, C. 1996. «Collectivism in a changing context», in Leisink, P.; Van Leempu t, J.; Vilroxx, J. (eds.): *The challenges to trade unions in Europe*. Cheltenham, Edward Elgar.
- Waterman, P. 1998. *Globalization, social movements and the new internationalisms*. London, Mansell.
- Wever, K. 1997. «Unions adding value», in *International Labour Review*, 136.
- Wilthagen, T. 1998. *Flexicurity: A new paradigm for labour market policy reform?* Berlin, WZB Discussion Paper FS I 98-202.
- Zoll, R. 1993. *Alltagssolidarität und Individualismus*. Francfort, Suhrkamp.

